

IESUS  
+  
CÁRITAS

**RENÉ VOILLAUME: MAESTRO DE  
VIDA ESPIRITUAL  
«UN CAMINO DE ORACIÓN  
EN LA VIDA»**

**“Orar sin cesar” (1 Ts 5,17)**

*Enero - Marzo de 2018*

# ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,  
me abandono a Tí.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí  
te lo agradezco,  
estoy dispuesto a todo,  
lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad  
se haga en mí  
y en todas Tus criaturas,  
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en Tus manos.  
Te la doy, Dios mío,  
con todo el amor de mi corazón,  
porque te amo,  
y porque para mí  
amarte es darme,  
entregarme en Tus manos  
sin medida,  
con infinita confianza,  
porque Tú eres mi Padre.

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller  
Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat  
C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería  
manuel.pozooller@diocesisalmeria.es;  
y redaccion@carlosdefoucauld.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador  
C/ Lopán 47, 4º, H. 04008 – Almería  
maikaps73@gmail.com

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Josep Valls: jvalls@tinet.cat;  
y administracion@carlosdefoucauld.es

REDACCIÓN

André Berger: andrebeni@gmail.com  
Vicent Comes Iglesia: vicoig@yahoo.es  
Hta. Josefa Falgueras: josefagermaneta@gmail.com  
Antonio Marco Pérez: amarco929@gmail.com

COLABORADORES

Pablo D'Ors, Gabriel Leal Salazar, Antonio López Baeza,  
Ana Mª Ramos Campos, Antonio Rodríguez Carmona.

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica  
La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael  
04230 – Huércal de Almería (Almería)  
c.e: administracion@imprentaubeda.com

DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

***El Boletín en formato papel no se vende. Se sufraga gracias a los donativos y colaboraciones económicas de sus lectores y amigos.***

## NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Háganos llegar este impreso a: COMUNITAT DE JESÚS.  
Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona  
o bien a c.e.: administracion@carlosdefoucauld.es

### MODO DE ENVIAR MI COLABORACIÓN ECONÓMICA

*Residentes en España:* Donativo anual, 20 €

**A) Opción preferente:** suscripción con domiciliación bancaria:

<b>DATOS PERSONALES</b>	
Nombre y Apellidos.....	
Dirección ..... N° ..... Piso .....	
Puerta .... Código Postal ..... Población .....	
Provincia .....	
<b>DATOS DE LA CUENTA</b>	
Nombre de la Entidad Bancaria.....	
CODIGO INBAN: (24 DIGITOS) ES __, ____, ____, ____, ____, _____	
Nombre del titular de la Cuenta .....	
Autorizo a la administración de la “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España” para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba	
Fecha:	Firma:

**B) La opción alternativa: suscripción por transferencia bancaria a: Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín “Iesus Caritas”», entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278.**

*Residentes en otros países:* Donativo anual, 25 €

Como única opción transferencia bancaria a “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín “Iesus Caritas”, entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278 BIC (Código Internacional de Identificación Bancaria en el sistema SWIFT): CAIXESBBXXX - Divisa: Euros.

# Editorial

El año pasado de 2017 dedicamos uno de nuestros números a la Hermanita Magdeleine (1898-1989), fundadora de la Congregación de las Hermanitas de Jesús (Cf. BOLETÍN IESUS CARITAS, Octubre-diciembre 2017), como prolongación del Centenario de la muerte del beato Carlos de Foucauld (1 diciembre 1916). Continuando con esta línea editorial dedicamos ahora un número a René Voillaume (1905-2003), fundador de la Congregación de los Hermanitos de Jesús (1933) y Hermanos (1956) y Hermanas del Evangelio (1963) además de ser el impulsor, junto a la Hermanita Magdeleine, de varias asociaciones y movimientos sacerdotales y de laicos.

La obra y el pensamiento de R. Voillaume ha sido muy difundida, sobre todo en los años que precedieron y siguieron a la celebración del II Concilio del Vaticano, y ha influido en generaciones de bautizados que buscaban vivir el Evangelio con radicalidad al tiempo que hermosear el rostro de la Iglesia<sup>1</sup>. Recientemente se ha reeditado su magna obra, «En el corazón de las masas» (2011), traducida a lengua española. Muchos de sus libros están en las estanterías de bibliotecas de sacerdotes de mediana edad hacía arriba. No procedía, por tanto, editar lo que con facilidad se puede hallar en páginas web y archivos. El Consejo de Redacción pensó editar, salvando las distancias que genera el paso del tiempo, una carta que el P. René Voillaume escribió en Roma el 15 de noviembre de 1958, a las puertas de la apertura del Concilio, que tenía como destinatarios a los Hermanitos que lleva por título «Al encuentro de Cristo» y cuyo contenido es la oración

---

<sup>1</sup> Algunos libros de fácil acceso de R. VOILLAUME., *¿Dónde está vuestra fe?* (Madrid 1972); *Cartas a los hermanos* (Madrid<sup>2</sup> 1967); *Charles de Foucauld et ses premiers disciples. Du désert arabe au monde des cités* (París 1998); *Dejad las redes* (Madrid 1977); *En el corazón de las masas* (Madrid 1973); *Oración en el desierto* (Madrid<sup>2</sup> 1972); *Orar para vivir* (Madrid<sup>3</sup> 1979); *Por los caminos del mundo* (Madrid 1962); *Ver a Dios en la ciudad* (Salamanca 1976).

y, más en concreto, la adoración ante el Santísimo Sacramento. El P. Voillaume escribió, siendo válida la reflexión para las Congregaciones fundadas por él, del siguiente tenor la vocación de Hermanito o Hermanita: «Podemos por lo tanto definir la vocación de las Hermanitas del Evangelio: que es una vida contemplativa totalmente centrada sobre el misterio de la presencia Eucarística, y a la vez dada, entregada sin reserva ni repliegue sobre sí misma a la evangelización de los más pobres o más alejados de la Iglesia» de tal suerte que «vivir una vida eucarística no es sólo creer en este misterio y adorarlo, sino ser configurado a Cristo».

El texto del que nos hemos servido para nuestra edición fue publicado en agosto de 1960 traducido por R. Navarrete como edición privada del Seminario de Málaga (España). Como es normal en estos casos el lector se encuentra con un texto propio de una época pretérita con pequeñas modificaciones de estilo que nos hemos permitido en el Consejo de Redacción en un intento de mejorar el texto y hacerlo más inteligible.

Para aliviar la lectura del texto y, llegado el caso, compartir la lectura del texto en el equipo de reflexión, ofrecemos unas preguntas bajo el epígrafe «Reflexionar, orar y compartir». Ciertamente que los laicos deberán hacer una lectura actualizada a su situación concreta ya que, como venimos diciendo, el texto se dirige a bautizados que han optado por vivir en común su seguimiento de Cristo en una Congregación Religiosa.

Nuestro BOLETÍN en muchas ocasiones ha recogido los escritos del P. René Voillaume e incluso ha publicado números monográficos sobre su persona y obra<sup>2</sup>.

MANUEL POZO OLLER,  
Director

---

<sup>2</sup> Cf. RENÉ VOILLAUME «En el corazón del mundo» *Boletín Iesus Caritas* 144-146 (2003); «En que creyó C. de Foucauld» 4-5; «Vida de oración del P. de Foucauld» *Iesus Caritas* (1978) 55-63; «Al encuentro de Cristo, la oración escuela de vida» *Boletín Iesus Caritas* (1990) 6-46.

## AL ENCUENTRO DE CRISTO

Roma, 15 de Noviembre de 1958

Queridos hermanitos: Después de haber oído de todos vosotros la exposición sencilla de las dificultades encontradas por cada uno en la oración, me parece que nos encontramos al comienzo de nuestro quehacer. Este testimonio de perseverancia en la oración, de veneración al Cuerpo de Cristo en pleno mundo es lo que Dios nos pide. Para esto hemos venido a la fraternidad. Ya habíais comprendido la importancia de la Adoración en vuestra vida, pero ahora habéis experimentado también sus dificultades. Y aunque ha sido la buena voluntad la realidad de la mayoría, hemos sido, con todo, torpes o inconstantes en el esfuerzo cotidiano necesario para realizar nuestra misión de «perseverantes en la oración»<sup>3</sup>; este cometido no ha sido aún perfectamente logrado. He aquí por qué he dicho que estamos al comienzo de nuestro quehacer, estamos en los cimientos; queda por levantar el edificio de nuestra vida, que está lejos de ser algo acabado. No admitamos, por tanto ningún sentimiento de plenitud en nuestra vida, ni encontremos en esto, paz para nuestro corazón, mientras no comprendamos haber hecho todo lo posible para ser verdaderos «perseverantes en la oración».

### *Dificultades inevitables*

Habéis descubierto cuán difícil es ser fiel a la Adoración y comportarse como verdadero orante. Algunas de las dificultades halladas son independientes de vuestra generosidad, no dependen de vosotros. Hay en efecto

---

<sup>3</sup> La traducción que empleamos usa los términos «permanentes en la oración». En nuestra versión hemos creído oportuno adaptar la expresión a «perseverantes en la oración» entendiéndolo al tiempo «constantes en la oración»

circunstancias que no podéis modificar: la capilla es calurosa; se oye la radio del vecino; se tiene el tiempo justo después de trabajar; la vida de una fraternidad obrera es, a veces, una especie de marcha contra reloj; las visitas vienen justamente en el momento de colocarse la túnica para ir a la capilla; es absolutamente necesario ir a comprar cualquier cosa para la comida, o hay que interrumpir muchas veces la oración para atender a la cocina. Existen otras dificultades más interiores, contra las cuales tampoco podemos nada. Se tiene la cabeza vacía, porque es tarde y se ha estudiado toda la jornada, o se siente uno como embrutecido y lleno de sueño por el cansancio de un pesado trabajo manual o de una noche desvelada; o bien es el correr de la imaginación lejos del Señor, imaginaciones que nos sumergen en la vaguedad, o en fin los cuidados, las preocupaciones del trabajo, que invaden nuestra memoria, cuando no son imágenes impuras las que intentan apoderarse de nosotros. Todas estas dificultades son inevitables, y si algunas son debidas a nuestra forma de vida, otras son comunes a todos los hombres que pretenden orar. Estas dificultades, interiores o exteriores, deben ser soportadas con paciencia y superadas progresivamente en la medida en que esto es posible al hombre.

### ***Otras dificultades más voluntarias***

Pero a estas dificultades se unen otras, de las cuales somos nosotros más responsables y cuya causa debemos procurar suprimir. Muchos de los obstáculos, señalados por muchos de vosotros, provienen, ya de ideas inexactas sobre la oración, la vida de fe y las leyes de su desenvolvimiento, ya de una formación aun incompleta para la oración, ya por último, hay que reconocerlo, de una obediencia imperfecta a las prescripciones de las Constituciones y de las reglas de vida o a las directrices que os han podido ser dadas.

Por lo tanto, debemos hacer un esfuerzo para orar mejor. Para esto es necesario que os indique de qué naturaleza debe ser este esfuerzo.



## *Un proceso ordinario*

Una experiencia general nos enseña que la hora de Adoración es un trabajo duro y difícil; frecuentemente se encuentra asaltada de distracciones, aún cuando se las rechace, que no dejan de experimentar, sino un cierto vacío interior. Se esfuerza uno entonces en mantenerse a toda costa el tiempo que debe pasar en la capilla: termina así por aparecer la oración bajo el aspecto de un sacrificio que hay que soportar y ofrecer al Señor con valor. A la mayoría de vosotros, le parecía la oración más fácil al comienzo de la vida religiosa, durante el Noviciado. Después, con bastante rapidez, el vacío llegó. Se hizo habitual. Primeramente se ensayó la forma de reaccionar, después se terminó por tener el convencimiento de no poder hacer nada mejor, pensado con todo lo que había que hacer alguna cosa. ¿Pero qué hacer y cómo?

## *Doble fuente de sequedad*

Algunos no saben discernir bien si este vacío doloroso de la oración es querido por el Señor o si proviene de negligencia por parte suya; quizás no saben qué camino tomar para orar cuando por otra parte lo que hubieran debido hacer es aprender a orar. Se preguntan entonces cómo es necesario entender la orientación dada en el capítulo «La oración del pobre». Algunos subrayan que una renuncia tal a las condiciones y actividades normalmente necesarias para el desarrollo de la oración no puede mantenerse, sino en un estado de oración infusa, esto es, un estado de oración extremadamente simple producido por la acción del Espíritu Santo, en una zona profunda de nuestro espíritu y de nuestra voluntad. Estado contemplativo que nos une a Dios más profundamente que toda otra forma de oración más sentida. Será como el aniquilamiento consciente de nuestros esfuerzos de inteligencia, de imaginación y de corazón. Este estado de oración contemplativa, producida por Dios casi no depende de

las condiciones exteriores, y deja como desocupado el campo de nuestra imaginación y de nuestra conciencia; da una cierta impresión de vacío, de sequedad interior, que pide generosidad para ser soportada largo tiempo. No sabemos cómo distinguir este estado que es verdadera oración, de esa otra suerte de actitud pasiva de vacío experimental muchas veces al correr de los años, cuando la oración sentida, fácil nos es negada. Cuando este vacío está lleno de la presencia de Dios, se manifiesta casi siempre por la conciencia de un cierto absoluto y la seguridad vital de que la hora de adoración es el momento más importante, el más eficaz del día. Se tiene la impresión de que si no existiera esa hora de presencia de Dios en la jornada, nuestra vida carecería de sentido. Esta certeza es sentida frecuentemente en el curso de la jornada fuera de la oración, más que en el momento mismo en que se entrega uno a ella, porque entonces la oscuridad invade el alma, acompañada del sentimiento doloroso de miseria e impotencia. Es un conocimiento oscuro, un amor sin alegría pero fuerte y acompañado, a su vez, de una aguda conciencia de miseria moral y de falta de generosidad. Se tiene la impresión de que no se puede juzgar la oración: Dios solo sabe lo que es. Hay momentos de duda en que se pregunta uno si no valdría más hacer cualquier cosa para salir de este estado de oración sin imágenes y sin ideas, en que la imaginación continúa bien frecuentemente su ronda, su cine interior. ¿Será conveniente coger un libro, meditar un pasaje del Evangelio? Muchas veces se comprenderá que vale más no hacerlo so pena de sustraerse a una presencia del Señor en el fondo del alma. Pero ¿y otras veces?

¡Si, otras veces deberemos hacerlo! Porque, si en ciertos días tenemos la seguridad de que el Espíritu de Jesús ora así en nosotros; hay otros momentos en que Jesús espera de nosotros una colaboración más activa. Este estado de vaguedad en el cual nos encontramos muchas veces en el mejor momento de la oración, no es ni una plegaria ni una presencia oscura de Jesús; es simplemente consecuencia de que no sabemos orar o de que

no somos lo suficientemente generosos en nuestra perseverancia.

### ***Puesto de la oración en la vida***

La oración juega un gran papel en nuestra vida. Es un aspecto tan esencial de ella, que si no estuviéramos convencidos de que ella sola es razón suficiente para abrazar un género de vida como el nuestro, no tendríamos valor para continuar viviendo así. ¿No sería la historia de un loco que se embarca así, en plena juventud, en una vida donde no hará nada útil jamás, a juicio de los hombres, y aun a veces, de su propia razón? Esta ansia que nos domina en ciertos días, de hacer algo más eficaz, más directo apostólicamente ¿es una tentación? ¿No se encontraría mejor el propio equilibrio entregándose al ministerio, consagrados en cuerpo y alma a alguna cosa mejor, que hacer de peón de albañil, de pescador, embruteciéndose, o de pastor de rebaños de cabras? ¿Para qué puede servir esto? Y mirando a la oración y a la hora de Adoración: ¿no sería mejor vivir solamente para esto? Sí, en cierto sentido, porque sin ella nuestra vida no sabría ser vivida con Jesús. Hay sin duda otros motivos para nuestra forma de vida religiosa, los cuales son en sí mismos absolutos: amar a los hombres, ser en medio de ellos testimonio del Invisible, para que aprendan a conocerlo, a desear amarle a través de nosotros. Esto es evidente y bien lo sabemos nosotros. Y justamente esta locura inútil de vivir en medio de ellos, no podemos ni aceptarla ni comprenderla sin la oración. Es en ella donde aprendemos a conocer a Jesús y a mantenernos en unión de intenciones y de sentimientos Con Él. Si Jesús nos ha llamado a seguirle de esta forma, ¿no está Él obligado a darnos las gracias necesarias para orar bien? Sí, pero estas gracias no serán quizás para todos gracias de contemplación infusa.

### ***Es necesario colaborar con Dios***

Por otra parte, debemos tener confianza en que Jesús nos dará siempre posibilidad de llevar nuestra vida de unión

con Él y de entregarnos a la oración de adoración y de súplica con Él. Pero Él no hará nada sin nosotros. Es necesario aprender a orar desde los comienzos y continuar considerando siempre la oración como la obra más importante en que debemos poner todos nuestros cuidados. No sabremos jamás si Jesús ha decidido darnos un día u otro este estado gratuito de adoración contemplativa. Esta incertidumbre debemos aceptarla. ¿Estaremos por tanto, como repartidos en dos grupos: los llamados a recibir la gracia de la oración contemplativa y los de aquellos que no estando destinados a recibirla, deben perseverar llamando a la puerta? No, esto no es tan simple: Jesús hace lo que quiere. Él va y viene, visita tanto a uno como a otro; viene de pronto o se hace esperar toda una vida. Y aún el decir que Jesús viene es también forma de hablar. Se trata, en efecto de una presencia que se manifiesta por un cierto conocimiento infuso; pero ¡Jesús tiene tantas maneras de estar presente en el corazón de un hermano que se esfuerza como mejor puede con todo su amor, en orar, teniendo sin embargo la impresión de que jamás llega! Jesús está por tanto allí también, pero de una manera quizás más dolorosa.

### ***Etapas normal en la oración***

Es frecuente y aún normal, que nuestra vida de relaciones conscientes con Jesús pase por una etapa de adoración fácil, llena de alegría y sentimiento de amor, llena de un conocimiento de Jesús que nos facilite, todos los desprendimientos. Es esta una etapa normal, yo diría clásica. Es deseable que la hayamos atravesado durante un tiempo más o menos largo. No es necesario buscar abreviarla, ni desprendernos de ella antes de tiempo: estas alegrías, estas felicidades, vienen del Señor y están destinadas a hacernos salir de nosotros mismos a fin de estimular nuestro amor por Él, por la Virgen y por los Santos. Solamente debemos ponernos en guardia para no dejarnos llevar de las imperfecciones y defectos a que entonces estamos expuestos.

Tenemos entonces necesidad de saber que es bueno descubrir así, a través de los pobres medios humanos, el conocer y amar la inmensa belleza del Señor Jesús y de los sentimientos de su Corazón. Hasta es muy posible que hayáis experimentado algún sentimiento de desprecio hacia estas facilidades o que hayáis creído más generoso desprenderos, no haciendo nada para recibirlas o no facilitando su aparición en el momento de la oración. He dicho que esta etapa es normal. ¿Qué pensar, si no la hemos atravesado? Si no hemos jamás gozado de esta iniciación a la alegría de Dios, toda improvisada por Él, ¿será por culpa nuestra? No siempre; pero puede en efecto suceder, que seamos más o menos responsables de esta ausencia de alegría y que hayamos descuidado aprender bien a orar. Alguno de vosotros ha sentido vivamente la ausencia de formación y la falta de dirección en el esfuerzo hecho para orar bien.

### ***No sabemos cómo es nuestra oración***

Sin embargo puede también haber alguna ilusión en atribuir toda la responsabilidad de las dificultades encontradas en la oración a falta de formación o a la ausencia de un método. Jamás hay un resultado satisfactorio en la oración, y es ésta la primera conclusión a retener, cualquiera que sea, por otra parte, el fervor de la misma. Estaremos tanto menos satisfechos de nosotros en la oración, cuanto ésta nos acerque más a Dios. Este sentimiento de insatisfacción es parte de la oración; es la prueba de un deseo no colmado, que no puede sino aumentar con la caridad y que no cesará sino en el momento en que veamos a Dios cara a cara. La oración, lejos de apaciguar esta sed, no hace sino aumentarla más aún. Es necesario, por tanto, aceptar, no estar nunca satisfecho de nuestra oración: decidirnos a buscar siempre sin jamás encontrar: ya que se puede siempre ensayar hacerla mejor, estando convencidos de que esto depende de nosotros, al menos, en parte, hasta que Dios se encargue de llevar nuestra oración a una total simplicidad.

## *Sin conocer a Jesús es imposible la oración*

«Orar es pensar en Jesús amándole». En la oración aprendemos a conocer a Dios y a amarle mejor; aunque este conocimiento no es aparente, sino oscuro, la oración es siempre como un camino invisible por donde pasa el amor. Conocer y amar. Pero ¿no es esto precisamente lo que raramente tenemos impresión de hacer en la capilla durante esos ratos con demasiada frecuencia, llenos de fatiga, de sueño y rutina, instantes que nos llevan con todo diariamente a los pies del Sagrario? Existe una tendencia muy general a descuidar esta búsqueda de conocimiento de Dios, sin el cual no se puede tener oración. ¿Esta negligencia, no será por lo común el origen de ese estado de vaguedad, del cual muchos se quejan, con el sentimiento de ser responsables en parte? ¿No es normal en estas condiciones, que la hora de oración parezca, cada día más, como un rato duro que hay que soportar a los pies del Crucificado? Este momento de nuestra jornada no nos inspira ningún atractivo natural y tenemos que esforzarnos en mantener en nosotros la convicción de su utilidad. La adoración nocturna acentúa aún más esta impresión de sacrificio ofrecido a Dios: levantarse de noche es duro, la hora de adoración se pasa luchando contra el sueño, no vuelve uno a dormirse y, para alguno, será todo el día siguiente el que lo sentirá; estará tentado de dormirse a cada momento o por lo menos estará de menos buen humor. Estamos persuadidos no obstante de que es necesario conservar este acto gratuito, el único que nos aparece hecho total y únicamente por Jesús como la ofrenda de nuestro tiempo, de nuestras fatigas, perseverancia en la oscuridad. No percibimos, por lo regular, ningún resultado tangible experimentado poca satisfacción profunda. ¿No es ésta la impresión dominante expresada por la mayoría de vosotros? La hora de adoración es un acto de valentía, de amor, de presencia delante de Dios. Es un sacrificio. Ciertamente que la oración encierra aspecto de sacrificio pero debe ser algo más que esto. A la larga estos actos de energía en puro esfuerzo de sí mismo, si no son sostenidos por

un conocimiento de Jesús, constantemente renovado en una búsqueda amorosa de fe nos conducirán al desánimo. Una actitud demasiado voluntaria durante la oración, nos pone en riesgo de pasar de largo las condiciones requeridas para una ofrenda de nosotros mismos a Dios; ofrenda que debe ser, no un acto aislado de valor en el vacío, sino un verdadero ponernos nosotros mismos, por amor, en manos de Jesús crucificado. Para esto, nuestra generosidad debe ser dirigida mediante la luz de la fe, hacia la persona misma de Jesús. Es con todo muy natural que la oración, sobre todo la oración de unión con la Eucaristía, revista en ciertos días y horas, este aspecto doloroso de sacrificio sin contrapartida, en una espera oscura de la presencia divina tan deseada.

No podemos olvidar que nuestra hora de Adoración, sobre todo la de la noche, es al menos un ensayo de respuesta personal a la queja de Jesús: «¿No habéis podido velar conmigo una hora?» Esta hora de vigilia es, de nuestra parte, una tentativa para proporcionar compañía a un Hombre que agoniza para salvar a los otros hombres, sus hermanos y a nosotros personalmente los primeros; y este Hombre ha querido llamarnos a participar de sus sufrimientos a través del signo de la Hostia en la realidad de la presencia Eucarística. La adoración prolongada a los pies de la Cruz y del Tabernáculo debe, por tanto, revestir el aspecto de un sacrificio, y puede suceder entonces que sea la nota dominante el acto de voluntad dolorosa. Hay por lo tanto que admirarse de que la oración sacrificio sea una realidad, y de que le tengamos miedo ciertos días. Pero la oración no puede ser únicamente este acto de voluntad oscura. Por otra parte tenemos conciencia de que este estado vago de pasividad espiritual del cual hemos hablado, no nos permite conseguir el valor necesario para participar en la cruz de Jesús. Estamos demasiado apegados a nosotros mismos y comprendemos claramente que en nuestro vacío falta una luz, por tenue que sea, para dirigir nuestro acto de voluntad, penetrado de amor a Jesús, consiguiendo así una verdadera comunión con su sacrificio. Sin esta luz nuestro esfuerzo nos

parece estéril, nos agota, nos deja enseguida pasivos y desanimados. Felizmente no sucede siempre así, pero yo quisiera ponerlos en guardia contra una ilusión posible y ayudarlos a salir de aquí.

### ***El ejercicio de la fe previo al del amor***

Lo más necesario, en el momento de la oración, es conformarnos a las leyes del desenvolvimiento de la fe y del amor de caridad. La oración no es otra cosa sino un rato especialmente consagrado a poner en actividad nuestra virtud de la fe, con el deseo de encontrar a Dios a través de este conocimiento oscuro y, a fin de amarle aún más: «pensar en Dios amándole».

No podemos pensar en Dios sin conocerle, y este conocimiento íntimo está totalmente contenido en la fe divina que nos lleva a través del descubrimiento de Jesús, hasta el misterio de Dios en tres personas. Si insisto en la importancia del acto de la fe, es porque éste es previo al del amor de caridad; nuestro error frecuente es querer ejercer la caridad sin cuidar de alimentar suficientemente nuestra fe. Creemos con frecuencia que la fe puede existir y crecer sin ser alimentada, o ejercida por un esfuerzo activo de nuestras facultades de conocer. Este es, quizás, nuestro mayor fallo, que hay que remediar necesariamente para aprender a orar mejor.

¿No existe en nuestro espíritu un equívoco al hablar constantemente de “vida de fe”? Esta expresión tiene un contenido vago. Encierra sin duda una voluntad de ser fiel a Jesús, pero sin la preocupación suficiente de procurar un acto preciso de inteligencia. Los espíritus, actualmente, están inclinados a la imprecisión, a falta de objetividad; se contentan fácilmente con frases hechas, cuyo contenido intelectual es muy poco preciso, pero que evocan una actitud sentimental. Existe la tendencia a despreciar toda disciplina, toda ayuda exterior, so pretexto de ser auténticos, de no perder la propia personalidad. Esta preocupación por salvaguardar la



espontaneidad, sobre la cual fundan el valor esencial de la oración, les impide comprender bien la naturaleza de la verdadera libertad. Este miedo a lo artificial, a la forma exterior, a la rutina, hace rechazar instintivamente todo método tradicional de oración: todo medio de disciplinar la oración o el espíritu. A fuerza de querer simplificar el cuadro de la vida espiritual se puede llegar a privar a las potencias naturales del conocimiento, su punto de apoyo normal. Se tiene sed de realismo y a fuerza de querer evitar todo riesgo de quedar en el camino, no se quiere tomar ninguno, quedando expuesto a perderse en un vacío prematuro de donde existe el peligro de ser incapaz de salir. El vacío no es el desierto del Absoluto, donde no hay ya ningún camino; no se llega a éste último, sino después de haber escalado un sendero largo, estrecho y escabroso. Esta necesidad que experimentamos de vivir en unión con lo real, nos empuja muy frecuentemente a los cristianos de hoy a insertar nuestros esfuerzos de oración, en la misma vida humana que nos rodea, hasta el punto de buscar aún alimentarlos y expresarlos a través de los contactos exteriores y sentidos con los hombres, donde queda, con frecuencia, poco lugar para un diálogo directo con Dios. Diálogo que no puede entablarse, sino en proporción al grado de nuestra fe divina alimentada por Dios mismo, por su Revelación y a luz de su gracia.

¿No hemos experimentado más o menos la influencia de esta mentalidad—ambiente conscientemente? Todos nosotros somos, y en buena hora, hijos de este tiempo y las mismas causas han producido sin duda en nosotros, algunos indicios de las mismas tendencias. De ellas debemos utilizar las que son buenas y rechazar las erróneas.

Es conveniente estar alerta frente al vacío sentimental que debilita la disciplina de la voluntad; frente a la tendencia a lo real que nos lleva paradójicamente a alejarnos de la oración haciéndonos rehusar medios exteriores, quizá muy simples, pero normales para hombres; frente a la necesidad de espontaneidad, que nos conduce a olvidar el valor de la

disciplina y de la obediencia, si no a rechazarlo; en fin a esa actitud de desprecio hacia todo lo que puede conducir a crear un hábito, porque se confunde el hábito con la rutina. Sin embargo, no hay amor posible fuera de la voluntad, ni posibilidad de educar y mantener la fe sin recurrir a los medios de conocer más humildes, ni en fin, virtudes perfectas aunque sean teologales, sin el hábito adquirido por la repetición de los actos.

### *PARA REFLEXIONAR, ORAR Y COMPARTIR*

«No os perdáis en imaginaciones, en investigaciones silenciosas Jesús está a vuestro alcance si tenéis fe. No existe nada más concreto ni más cierto que la fe, puesto que llega hasta la realidad presente... Reparad en la fuerza de la fe en el Padre de Foucauld es porque se apoyaba de continuo en el Evangelio» (R. VOILLAUME, *En el corazón de las masas*)

1. ¿Qué dificultades encontramos para llevar a la práctica la oración contemplativa de adoración eucarística? ¿Qué dificultades son de orden interno y cuáles son del ambiente que nos envuelve?
2. ¿Practicamos la adoración al Santísimo? ¿Cómo preparamos el encuentro con el Señor? ¿Cómo serenamos nuestro cuerpo y disponemos nuestros afectos?
3. ¿Cómo ser perseverantes en la oración? ¿Qué medios hemos de emplear para alcanzar la constancia en la oración?
4. ¿Consideramos la oración como el momento más importante de nuestra jornada?
5. ¿Cómo ejercitar la fe que nos sostiene en la oración? ¿Cómo educar nuestra voluntad?

## MEDIOS DE ALIMENTAR LA FE

Quizá me he dejado arrastrar un poco lejos del asunto, pero era necesario para conseguir situar mejor el esfuerzo que se os pide en la vida espiritual.

La preparación más directa para la oración es alimentar la fe y ejercitarla por medio de actos precisos y concretos. La oración es un hábito del espíritu, fortalecido y elevado por la gracia: es el hábito de mirar a Jesús, a Dios y al mundo, como Dios lo mira. Este hábito se adquiere, como todo hábito, por actos repetidos, y éstos, en nuestro caso, como todo acto de conocimiento, deben tener el objeto preciso que nos ha sido dado por la Revelación. No se puede prescindir de él. Ningún sentimiento, subjetivo podrá suplir ni ninguna oración podrá alcanzar a Dios sólo por un esfuerzo de buena voluntad o de sentimiento, fuera de la luz de la fe.

Quizás el hecho de hablar constantemente de Adoración delante del Santísimo Sacramento, puede hacer olvidar un poco que se trata de verdadera oración, oración centrada en la adoración de la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento, pero oración sometida a todas las leyes de preparación del espíritu y del corazón; de esa colaboración activa, que nos ha sido enseñada por todos aquellos que antes que nosotros, dirigidos por la Iglesia e iluminados por el Espíritu Santo, nos han mostrado el camino a seguir para orar. Este es el camino, que quisiera indicaros, adaptado a la situación particular de las Fraternidades y de vuestra vocación de servidores de la Eucaristía.

La oración no se improvisa: está demasiado ligada a nosotros mismos. Nuestra oración es la resultante de nuestro estado interior y está estrechamente ligada a nuestra situación general respecto a Dios. Nuestra fe despertará en el momento de la oración, siguiendo su misma intensidad de fuerza y de vida. Para permitir a la fe esta libertad de expresión en un trato amistoso y cordial con Dios, es necesario que nuestros

conocimientos de fe hayan sido suficientemente alimentados fuera de la oración. Nuestra fe puede debilitarse hasta tal extremo que no pueda dar frutos por falta de alimento. La fe es una realidad viviente que se nutre de los conocimientos que Dios le proporciona y que se fortalece por actos que ella suscita en la caridad. Todo ser viviente, desprovisto de alimentos y de ejercicio, perece, porque no asimila. Faltamos al buen sentido y a la lógica si nos dejamos descorazonar a la vista de la debilidad de nuestra vida de fe, sin tomar la decisión de alimentarla antes de ejercitarla. No ejercitamos mas la fe, de verdad, si no nos concentramos en un esfuerzo de pura voluntad, buscando a Dios en las acciones de nuestra propia vida a través de nuestras relaciones con los otros ¡No es con todo de nosotros mismos, de nuestro propio fondo, de donde sacaremos la vida de fe y la oración contemplativa, cualquiera que sea, por otra parte, nuestro ánimo!

Debemos, es verdad, aprender a presentarnos delante del Señor tales cuales somos, débiles, sin verdadero ardor, sin renuncia suficiente. No hay por qué temer presentarnos así a Jesús. Pero esta forma simple y verdadera de existir delante de Dios no es suficiente, ni podemos quedarnos ahí. Debemos elevarnos sobre nosotros mismos recibiendo la ciencia que Jesús nos da para conocerlo. Es necesario llevar con nosotros, al momento de la oración, este conocimiento de fe con avidez de recibir aún más.

Alimentar la fe es descubrir, al leer u oír, las enseñanzas de Dios sobre sí mismo y sobre su Vida entre nosotros. Esta ciencia divina no puede penetrar en nosotros, sino por nuestros medios de conocimiento que son la imaginación y la inteligencia. Se descuida con demasiada frecuencia este aspecto de la fe. Se quiere simplificar demasiado, recibir este conocimiento, no sé yo de qué manera, fuera de imágenes y de ideas, sin esfuerzo de imaginación o de reflexión, y esto es un error. Es verdad que, hablaré insistentemente, dada su importancia, de otra manera de enseñarnos, de la cual sólo el Espíritu Santo tiene el secreto;

pero si es cierto que debemos prepararnos a esta enseñanza por el Espíritu Santo y esperarla confiadamente, no tenemos derecho a abandonar, por otra parte, alimentar nuestra fe con los medios normales, hasta tanto sea necesario; y lo será siempre en un cierto grado, fuera de los momentos en que Dios supla por Sí mismo. Por tanto, la mejor manera de prepararnos bien a oír la voz del Señor, que nos enseña directamente en el fondo del corazón, a la hora de la plegaria consiste en ejercitar fuera del momento mismo de la oración, las actividades necesarias para el desenvolvimiento del conocimiento de la fe. Estas actividades, comprenden esfuerzos de reflexión, de meditación y de memoria. Entonces, nuestra oración podrá evolucionar hacia una forma más simple, más silenciosa y en un corazón mejor preparado. Sentiremos en nosotros mismos la paz que da el sentimiento de haber hecho todo lo posible para que Jesús pueda venir. Entonces la oración podrá revestir, sin preocupación, la sencillez del deseo y de la espera.

Nuestros instrumentos de conocimientos utilizados por la fe, son, ya lo he dicho, la inteligencia y la memoria. Cuando digo la imaginación, quiero referirme a todos los sentidos en la medida en que ellos son medios de conocimiento, puestos al servicio de la inteligencia.

### ***Conocer la persona de Jesús, mediante la meditación del Evangelio***

Desde que la Palabra Eterna de Dios ha tomado un Cuerpo del seno de la Virgen María para vivir entre nosotros, para hablar nuestro lenguaje humano y realizar acciones humanas, nuestros sentidos juegan un importante papel en el conocimiento de Dios. Jesús tiene un rostro humano que debemos descubrir y amar. Es necesario haberlo visto, en las situaciones sucesivas de su vida terrena, haberlo visto nacer, amar a los hombres, curarlos y alimentarlos. Es necesario haber escuchado sus palabras y conservar todo esto en la memoria, imprimiendo en ella la figura de Jesús como la del

ser objeto de todo nuestro amor. «María conservaba con cuidado todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón» (Lc 11, 19).

Pero esto no es suficiente. El espíritu de Jesús también ha hecho vivir, y hablar a su Iglesia y a los santos. La Historia de los santos, su fisionomía humana, sus acciones, sus palabras, son un lenguaje que se dirige a nuestra inteligencia, muchas veces a través de nuestra imaginación. Ellos contemplan, esclarecen el Evangelio, le hacen revivir, en hombres más cercanos a nosotros, de muchos de los cuales quizás poseemos hasta fotografías. Son como una luz y una invitación a hacernos como ellos.

### ***La Teología fuente de oración***

El Espíritu de Jesús también ha producido la reflexión de los Apóstoles y de los Doctores en su Iglesia, desde el día de la Ascensión hasta ahora, desde san Pablo hasta Pío XII y Juan XXIII, pasando por todos los teólogos. Uno tras otro han acumulado en la Iglesia todo lo que la inteligencia, robustecida por la fe, podía descubrir en la Revelación y en las confidencias de Dios a la Humanidad. He aquí en un plan más intelectual, un alimento más sólido para nuestra fe; alimento sano, garantizado por la Iglesia. Esta alimentación por medio de la Teología es base indispensable. Por eso todos debéis aprender a conocer los misterios de Jesús y de la vida divina a través del estudio teológico. Es necesario no solamente comprenderlas y asimilarlas, sino aún aprenderlas de memoria, retener estas verdades, a fin de que en el curso de la vida, el espíritu de Jesús pueda servirse de estos elementos iluminándolos y haciéndolos revivir desde el interior con su luz.

La meditación del Evangelio y de la Eucaristía, la lectura de la vida y de los escritos de los hombres de Dios, el estudio teológico según a las posibilidades de cada uno, son base indispensable para la oración.

Es imposible, según el curso normal de la prudencia sobrenatural, fuera de casos de gracia excepcionales, llegar a la

vida de oración contemplativa en medio del mundo, sin esta condición indispensable y previa, sin una alimentación suficiente de la fe por el Evangelio, los escritos de los santos y la reflexión teológica. No se puede andar sin comer.

### ***Otros medios***

La meditación del Evangelio no es suficiente, debe ser completada por la de los otros libros del Nuevo Testamento, la lectura espiritual y la Teología. La meditación del Evangelio, sobre todo si es diaria, tropezará, al cabo de algún tiempo, con dificultades análogas a aquellas que encontramos en la oración. El texto del Evangelio, a causa de su brevedad y de su estilo seco, no se deja penetrar sin una luz interior de fe. Pronto se llega a saber el Evangelio de memoria pareciéndonos en ciertos días, no poder sacar nada más por nosotros mismos. Es necesario que la meditación del Nuevo Testamento sea diaria, perseverante, que preceda y prepara la oración, que vaya acompañada de un esfuerzo por grabar en la memoria del corazón, las acciones y las palabras de Jesús. Debemos capacitarnos para comprender el texto evangélico de una manera tan objetiva como sea posible, para lo cual es indispensable sobre todo en los principios, estudiar este texto con ayuda de buenos comentarios, que nos permitan hacernos una idea bastante exacta en cuanto es posible, del medio evangélico, a fin de poder dar una interpretación adecuada a las palabras y a los gestos de Jesús.

### ***La lectura espiritual***

La meditación del texto de las Escrituras puede llevarnos a experimentar los mismos sentimientos de vacío e insuficiencia de vida de la fe que la oración. La lectura espiritual es por esto indispensable, hasta tal punto que si no pudiéramos encontrar en el curso de la semana ningún rato para hacerla, sería entonces mejor tomar dos medias horas por semana del tiempo de oración para lo cual nos sentimos insuficientemente preparados. Esta necesidad de lectura meditativa, es una de las razones de la importancia dada al

medio día de recogimiento a que estamos obligados en virtud de las constituciones, una vez a la semana. Este medio día debe tener dedicado, al menos, tres cuarto de hora o una hora entera a la lectura espiritual.

El estudio teológico está como concentrado en algunos años y debe tener por fin, no sólo formar el espíritu por la adquisición del sentido teológico, sino también enriquecer el contenido de nuestra fe. Debemos hacer un esfuerzo para retener los conocimientos que serán renovados de tiempo en tiempo a fin de permanecer capacitados para alimentar de una forma vital, nuestras relaciones íntimas con Dios.

Se ve, por tanto, el error que existe en considerar la vida de fe simplemente como una cuestión de ánimo y de generosidad. Un esfuerzo para vivir conforme al Evangelio que prescindiera de la luz de una fe renovada, no proporcionará con frecuencia, sino una especie de tensión de voluntad en el vacío. Por esto hay que reaccionar también contra la tendencia a deshumanizar bajo pretexto de desprendimiento y de pobreza de espíritu, nuestros medios de conocimiento. Se trata de alimentar en nosotros el conocimiento de Jesús, de sus Misterios y de reavivar sus recuerdos.

### ***No despreciar lo medios humanos***

No tenemos por tanto derecho por pereza, ni menos aun por principio, a prescindir de los medios sensibles, para evocar la realidad de las personas y de las cosas del mundo invisible. El mismo Jesús no ha querido prescindir de ellos y nos lo ha indicado al instituir los sacramentos, uniendo a estos medios sensibles la importante misión de alimentar nuestra fe. Obispos, monjes, y numerosos cristianos han muerto por defender la legitimidad, reconocida por la Iglesia, de la veneración de las Imágenes en el culto. La misma liturgia es un lenguaje querido por Dios. El altar, el Sagrario, el conopeo, signos de presencia escondida, la lámpara que brilla, la cruz, la imagen de la Virgen María, el Vía-Crucis, son signos que crean un ambiente al cual debemos abrirnos. No hay ninguna



perfección en dejar pasar estos signos y estos símbolos y puede, al contrario, que haya cierta imperfección en abandonarlos, sobre todo si esto procede de ciertos criterios.

¡La vista de Jesús crucificado, en nuestra habitación o sobre nuestra mesa, nos ayuda en los momentos difíciles, cuando pasamos de nuestra mirada al recuerdo de la realidad del sacrificio de Jesús! ¡La imagen de la Virgen María nos recuerda tantas cosas! Y si no sentimos esta necesidad es posible que debamos reavivarla en nosotros, acordándonos que debemos amar a Jesús, a la Virgen y a los Santos, con todo el corazón, con la ayuda de nuestros pobres medios humanos, con nuestros gestos de hombres. La evocación no puede ser demasiado abstracta. El mirar una imagen, debe conducirnos al recuerdo de Aquél que representa; la imagen nos permitirá además en los momentos de pena o en el día de fiesta, traducir nuestros sentimientos en humildes gestos, de los cuales debemos sentir vergüenza. Así depositar flores a los pies de la Virgen, del sagrario, besar los pies de Jesús crucificado, reanimar la lamparilla que arde, quemar incienso delante del Cuerpo de Cristo; son gestos que, ejecutados con corazón sencillo, encierran una verdadera oración. Expresar así nuestros sentimientos nos hará bien. ¿No tenemos el peligro de considerarnos como por encima de estas manifestaciones exteriores quizás porque no tengamos un corazón bastante sencillo? Es bueno recordar cómo Jesús defendió el gesto de la Magdalena contra las observaciones, demasiado razonables, de los hombres que estaban allí.

Es verdad que no tendremos todos la misma forma ni la misma necesidad de expresarnos; ni digo que todos aquellos que no se expresen así no tengan el corazón sencillo; pero os pido que no seáis negligentes ni partidistas y que comprendáis que en ciertos países las capillas deben ser más expresivas en su decoración, sin perder, por otra parte, su belleza hecha de sencillez. Esforcémonos en encontrar el sentido de los símbolos de la liturgia y busquemos servirnos más aún de los

gestos y de los ritos para expresar nuestra oración y conformar nuestros sentimientos interiores.

Comprendo, sin embargo, que se puede reaccionar muchas veces contra los abusos o malas interpretaciones de ciertas manifestaciones exteriores del culto, por hallarlas faltas de adaptación al estilo de expresión más sobrio y más viril de nuestra época.

Puede con todo existir aquí el peligro real - especialmente en nuestros días, cuando hieren constantemente a los sentidos las formas, los colores, el sonido, la música, el cine, la televisión, la publicidad - , de pretender abandonar toda evocación sensible del mundo invisible, al cual debemos permanecer presentes con toda nuestra fe. Comportarse de otro modo sería una actitud inhumana y contraría a la manera constantemente utilizada por Dios con nosotros.

No creo haberme apartado del asunto de la preparación para la vida de oración: la mayoría de vosotros ha experimentado la importancia que tiene el ambiente para facilitar el recogimiento.

### ***Vivir la fe facilita su ejercicio***

No es suficiente alimentar la fe: es necesario hacerla pasar a los actos. ¿No habéis comprobado qué difícil es ponerse en la presencia de Dios al principio de la Adoración, si se ha faltado durante el día al silencio interior, a la obediencia, a la caridad, o si se ha rehusado abrirse con toda claridad al hermano? Ya Jesús nos lo ha advertido claramente al proponernos la parábola del publicano diciéndonos que no podemos presentar ante Él nuestra ofrenda antes de reconciliarnos con nuestro hermano.

Si nuestra fe no está ejercitada durante la jornada, no hay que por qué extrañarse de encontrarla como anquilosada en el momento de la Adoración.

## *PARA REFLEXIONAR, ORAR Y COMPARTIR*

«Hace un instante, cuando iba por el camino que conduce hasta la cumbre del Monte de los Olivos, pensaba en los Apóstoles, cuando pidieron a su Maestro les enseñase a orar. Me parece que esta tarde comparto con vosotros todas vuestras dificultades en el camino de la oración y me parece escuchar la confesión de vuestras impotencias, de vuestros temores, en el presente o por el futuro, a causa de las difíciles condiciones de vida en las que tan a menudo tendrá que integrarse vuestra oración (R. VOILLAUME, *En el corazón de las masas*, 27 de julio 1951 *Jerusalén, en el Jardín de los Olivos*).

1. ¿Es importante el ambiente y la preparación para facilitar el recogimiento que nos introduce en la oración? Justifica tu respuesta.
2. ¿Cómo crear el hábito de la oración constante? ¿En qué medida influye nuestro ánimo? ¿En qué medida las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad?
3. ¿Qué lugar ocupa en nuestra oración la lectura y meditación del Evangelio? ¿En qué medida la reflexión teológica y la lectura espiritual nos ayudan a comprender el Evangelio y nos estimulan para ponerlo en práctica?
4. ¿Ocupa lugar importante en nuestra preparación a la oración, y en nuestra oración misma, los medios sensibles? ¿En qué medida estos medios nos ayudan a vivir con mentalidad de pobre que vive la fe más con el corazón que con la cabeza? ¿No será esta sensibilidad una forma de vivir con los pobres y hacernos pobres?
5. ¿En qué medida el contacto con la gente y nuestros compromisos facilitan o dificultan nuestra oración? ¿A mayor compromiso evangélico más y mejor oración?

## TRES ACTITUDES PARA COMUNICARSE CON DIOS

Me parece que las tres actitudes del alma más necesarias para acercarse a Dios son: desprendimiento de todas las cosas y de sí mismo, caridad con el prójimo y obediencia. Ninguna de estas actitudes puede ser espontánea: son hábitos adquiridos lentamente en nosotros por medio de actos conscientes.

Vivir es obrar. Vivir de la fe es voluntariamente obligarse a unos sentimientos, a unos actos que no corresponden a nuestras acciones humanas ordinarias, pero que son consecuencia lógica de realidades invisibles que sólo la fe puede despertar. Para sobreponerse a nuestras tendencias naturales hace falta un motivo claro, presente al espíritu, al menos de forma latente, pero suficiente para provocar una reacción sobrenatural. Este esfuerzo es siempre difícil en los comienzos y es imposible si la fe no está alimentada de una manera suficientemente explícita. Es necesario tener presente en nuestra memoria a Jesús Crucificado o escuchar sus palabras sobre la necesidad de negarnos, para consentir en el sacrificio voluntario que se presenta de improviso durante el día.

### 1. *Obediencia*

¿Cómo podremos adelantar en la obediencia a nuestro hermano responsable, amar la sumisión, cuando todo razona lo contrario y se resuelve, en nuestro interior, si no tenemos en el corazón el ejemplo de Abraham y de Jesús obediente hasta la muerte, o de aquel Santo que nos es aún más cercano? Poner la vida de acuerdo con la fe supone que el contenido de ésta, está bien vivo en nuestra memoria siendo capaz de traducirse en obras.

La oración, por estar ligada a nuestra vida, no puede ser mejor que nosotros mismos. Ella es un acto de nuestro ser cristiano; los mismos hábitos, las mismas virtudes nos hacen obrar en la soledad de nuestra oración o en el bullicio de la

vida ordinaria, mezclados con los hombres. Sólo el objeto y la dirección de la actuación son entonces diversos.

## *2. Dejarlo todo*

En este sentido es como se puede afirmar que hay unidad entre nuestra vida y nuestra oración. Una depende de la otra. La verdadera oración es siempre parte de la vida. Es un error pretender conseguir vida de oración, esforzándose artificialmente en darle motivos y orientación con respecto a las otras preocupaciones humanas. Cuando vamos a orar vamos a visitar a Dios; estamos en su casa. Es verdad que Dios reside en medio de los hombres y que habita en cada uno de nosotros. Nos unimos a Él cada vez que obramos con verdadera caridad. Por otra parte, Dios queda trascendente a toda criatura y para conversar con Él y estar junto a Él debemos forzosamente dejar todo lo demás, aún a los mismos hombres, a los ángeles y sobre todo, nuestro propio yo. Es esto condición tan necesaria que Dios no la suele dispensar. No es suficiente dejar con gusto los trabajos, sino que es aún más necesario dejarnos a nosotros mismos interiormente, de tal manera que no quede nada entre Dios y nosotros, lo que supone que estemos desprendidos de todas las cosas y de nosotros mismos por Dios. Esto quiere decir también que en el momento de la oración debemos ser capaces de preferir conscientemente a Dios a todas las demás cosas. Este sentimiento no se improvisa. Debe adquirirse en la vida mediante el ejercicio de la fe.

## *3. Tratar íntimamente a los hombres*

¿No es verdad que el trato frecuente con los hombres, sobre todo con aquellos que sufren o padecen o con aquellos que están lejos de Dios, nos empujan a orar y a fortalecer nuestra oración? ¿El contacto con el mal, no nos hace tomar conciencia más clara del deber de reparación y de la urgencia de nuestra misión de «perseverantes en la oración»? ¿Muchos de vosotros no habéis experimentado haber sido llevados hacia una oración de súplica, a través de la vida de trabajo de una

fraternidad obrera? El amor a los hombres nos hace descubrir mejor la necesidad de reparar, suplicar, adorar en nombre de tantos hombres que no han recibido aún la buena nueva. «A la vista de las turbas Jesús tuvo compasión, porque aquellas gentes estaban abandonadas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: La mies es mucha, pero los operarios muy pocos. Rogad al Señor de la mies, que envíe operarios» (Mt 9, 36-37).

En la oración estamos cargados de almas. Jesús ha querido que en su Iglesia el crecimiento de la gracia este supeditado a la oración de algunos más particularmente escogidos para ello. Nuestra misión de «perseverantes en la oración» es verdaderamente una vocación de Dios. La oración de Jesús, la que llenaba sus noches solitarias, la del desierto en la tentación, la que precedió a la elección de los Apóstoles, aquella del diálogo con el Padre en el Tabor o en el momento de resucitar a Lázaro, la que siguió a la Cena, su queja a la vista de las muchedumbres abandonadas, sus súplicas acompañadas de lágrimas en Getsemaní, oraciones de Jesús como Hijo del Hombre, en nombre de los hombres, eran necesarias para instauración del Reino de Dios entre nosotros. Él las continúa todavía, pero deben también seguir en sus miembros. Debemos orar no sólo como Jesús, sino con Él.

Advirtamos bien cómo Jesús se ha mezclado profundamente con todas las miserias humanas, para presentarse ante su Padre cargado de nuestras faltas y debilidades. Era a su Padre a quien hablaba, a quien buscaba cuando huía de los hombres para sus largas oraciones nocturnas. Jesús veía a su Padre. Por esto, nuestra oración no puede parecerse a la suya, sino desde muy lejos. La forma más perfecta de nuestra oración es presentar a Dios un corazón tal que Jesús pueda venir para hacer en él su propia oración.

¿Cómo pueden contribuir a mejorar nuestra oración el contacto íntimo con los hombres y el amor que les profesamos? Primeramente, porque volveremos de nuestra

vida entre los hombres, más desprendidos de nosotros mismos, más humildes, menos egoístas. Para amar a Dios y a los hombres como Jesús los ama, son necesarias las mismas disposiciones del Corazón de Cristo. Las condiciones de vida dura y pobre, nos ayudan también a desprendernos. La imposibilidad de remediar las miserias morales y evitar el mal de que somos testigos, nos arrojará con más fuerza a la oración en un sentimiento de abandono, no porque sea una solución fácil, sino porque habremos medido mejor la importancia de nuestro deber. Conoceremos también el deber de gritar a Dios, suplicarle, y sobre todo de ofrecerle este sufrimiento de la visión del mal y de la imposibilidad de remediarlo. La oración será, por tanto, para nosotros el momento privilegiado de ofrecer ese sufrimiento de reparación.

El recuerdo de estos hombres que Dios nos ha confiado, o que han puesto su confianza en nosotros, debe reavivar la fe en nuestra vocación de redentores del pecado con Jesús y empujarnos a arrojarlos a los pies del Señor. Hay que estar en guardia para que nuestra sensibilidad no sea arrastrada por esta preocupación, procurando quedar totalmente libres para Dios y para acoger en nosotros a todos los hombres.

### ***Evitar exageraciones***

Querer participar de una manera demasiado sensible en el sufrimiento de cada uno, produce en nuestro corazón el mismo embarazo que una amistad demasiado humana. El corazón quedaría imposibilitado tanto para una amistad tan atenta para con todos y cada uno, como para el amor de Dios. Jesús ha llevado el sufrimiento y los pecados de todos los hombres en su alma, pero no en su sensibilidad. Nuestra oración no será verdaderamente perfecta y agradable al Señor, sino cuando nos hayamos olvidado de todo al postrarnos ante Dios con la mirada puesta en Él solo. Por cargados que estemos de cuidados y de preocupaciones de nuestros hermanos, no podemos apegarnos más que a Dios. No podemos entrar en verdadera oración, en esa oración que obtiene todas

las cosas, sino arrancándonos de todo para no ver más que a Dios. ¿No es sobre todo en la oración cuando debemos acordarnos de las recomendaciones, de Jesús de que dejemos todas las cosas, pero sobre todo a nosotros mismos, para ser capaces de seguirle? No es sino en la fe y en la luz que ella nos proporciona, donde podemos ejercitar la oración. De nuestras relaciones con los hombres, podemos sacar una preparación más perfecta para la oración, motivos renovados, más inmediatamente experimentados, capaces de excitar nuestra generosidad y situarnos en una oración ferviente de súplica. Pero todo aproximamiento a Dios en su intimidad sobrenatural, toda adoración, todo diálogo verdadero con El, no puede en modo alguno ser el resultado directo de nuestras relaciones con las criaturas puesto que sólo las virtudes teogales son el camino de acceso al Corazón de Dios.

### ***No perder de vista a Dios***

La oración de adoración de un hermano aislado en una fraternidad del desierto, y la de un hermano obrero metido en medio de los pobres, son esencialmente de la misma naturaleza. Eso no impide que haya diferencias notables entre el camino de la oración y el estado psicológico de aquel que ora; las dificultades encontradas no serán las mismas, tampoco, la preparación. Por otra parte, la oración no puede permanecer en un plano psicológico, aunque su realización dependa siempre más o menos de él. Salvo en ciertas formas de oración, absolutamente despojada, siempre expresamos en nuestra oración sentimientos variados de adoración, de súplica, de acción de gracias, de reparación o de compasión. Lo esencial es que sea Dios a quien miremos, sin dejarnos arrastrar lejos de él por el recuerdo de los hombres, por quienes queremos interceder. Esto quiere decir que un hermanito debe estar marcado, hasta en su oración, por el amor que le une a los hombres, con los cuales, por vocación, debe compartir las preocupaciones y los sufrimientos, pero sin perder de vista a Jesús, pues Él debe ser amado por encima de todo.



### ***La oración se prepara en ejercicios de generosidad***

El momento de la oración, debe estar, por tanto, preparado por la generosidad práctica de las otras actividades del día. Estamos unidos a Jesús en la medida en que le amamos de verdad: este lazo íntimo que nos une con Él es el mismo cuando nuestro espíritu le está enteramente dedicado en el acto de la oración, que cuando nos entregamos a cualquier otra actividad de trabajo o de relación. Es así cómo encuentra unidad nuestra vida. En el momento de la oración, todas nuestras posibilidades de conocer y de obrar están directamente dirigidas hacia Jesús y exclusivamente absortas en Él. Cuando llega este momento debe operarse un cambio radical en nuestra actitud: la autenticidad de nuestra oración dependerá de la perfección con que logremos esta vuelta a Dios.

Para dirigir únicamente hacia Dios nuestra potencia de conocer y de obrar, es absolutamente necesario que las desprendamos antes de nuestras otras actividades cotidianas. Es por tanto necesario, suspender nuestras actividades físicas, interrumpiendo todo trabajo, todo movimiento, y orientar hacia Dios todo lo que sirva para conocerle: sentidos, imaginación, memoria, inteligencia. Este paso es indispensable y faltando él, la oración no es buena.

### ***Cuidar el comienzo de la oración***

El comienzo de la oración es el momento de más importancia. Santo Tomás llega a decir que en nuestro poder está sólo empezar bien la oración, ya que es muy difícil, si no imposible al hombre, aún ayudado de la gracia, perseverar en ella largo tiempo sin ser turbado de distracciones. Pero comenarla bien, casi siempre está en nuestras manos.

Cuando llegue la hora de la oración, es cuando comprendemos mejor cuán necesario es el desprendimiento para serle fiel. Sin un cierto hábito de desprendimiento difícilmente llegaremos a esto, porque no es suficiente

arrancarse materialmente de las cosas o de los hombres; hay que dejarlos de corazón y de espíritu. Si hay un instante en que debemos proponernos seguir a Jesús, es el momento de entrar en la capilla. Ser totalmente de Él durante unos momentos; Jesús nos advierte claramente que no podemos seguirle sin dejarlo todo, hombres y cosas, pero sobre todo a nosotros mismos. Necesitamos aceptar, perdernos nosotros mismos, perder nuestra vida, lo que quizá nos será pedido aún más directamente durante nuestra oración. Desprenderse de sí mismo es un acto consciente del alma: es necesario buscar tiempo para encontrarse a sí mismo, ponerse en calma, sosegar. No debemos dirigirnos precipitadamente a la capilla bajo pretexto de que llegamos tarde. El fin no es hacer algunos minutos más de adoración, sino hacerla bien durante el mayor tiempo posible.

### *PARA REFLEXIONAR, ORAR Y COMPARTIR*

«Para aprender a orar es preciso, pues sencillamente, orar, orar mucho y saber volver a comenzar a orar indefinidamente, sin cansarse» (R. VOILLAUME, *En el corazón de las masas*)

1. ¿Entra en nuestra vida la negación y el sacrificio voluntario como dominio de nuestra persona y entrega abnegada a los demás?
2. ¿Cómo entender hoy la virtud de la obediencia? ¿Somos capaces de preferir conscientemente a Dios a todas las demás cosas?
3. ¿Cómo pueden contribuir a mejorar nuestra oración el contacto íntimo con los hombres y el amor que les profesamos?
4. ¿Con qué ejercicios de generosidad preparamos nuestra oración? ¿Cuidamos el comienzo de la oración?

## ALGUNOS CONSEJOS PRÁCTICOS PARA ANTES DE LA ORACIÓN

No hay que buscar mucho tiempo para calmarse o para relajar el espíritu; algunos instantes de marcha silenciosa son una suficiente preparación; el mismo asearse, cuando se viene del trabajo, por respeto al Señor, revestirse sin prisas la túnica, preparar los objetos necesarios para la exposición del Santísimo Sacramento; todas estas actividades, pausadamente hechas y en silencio, sirven de preparación para la adoración. Si hay tiempo, una lectura espiritual de cinco o diez minutos, hecha con preferencia fuera de la capilla, ayuda interiormente a hacer la transición. No es éste el momento para leer el periódico; después lo leeréis. Procurad guardar silencio y obligaros a hablar en voz baja en la fraternidad desde el momento en que se prepara la adoración.

A los hermanos que estudian filosofía, teología, o lenguas, les es conveniente interrumpir el estudio alrededor de diez a quince minutos antes de la hora de adoración, y si es posible, dar un paseo sin pensar en nada o recitando una decena del rosario.

Al entrar en la capilla, ya debe estar conseguida esta transición. Es útil completarla mediante un acto en que nos esforcemos en ser fieles. Esto siempre que el hábito interior de oración no sea tal que nos absorba en presencia de Dios, hasta el punto que nos distraiga todo acto preparatorio exterior demasiado buscado. Puede suceder, en efecto, que alguno se encuentre en un estado tal de simplicidad interior que las preparaciones activas no le sean posibles, porque se encuentre ya junto al Señor en el fondo del corazón. Es evidente que si estamos ya donde Él, en el interior de su casa, no podemos obligarnos a salir para disponernos a entrar y aprender a llamar a la puerta con respeto. Pero esta situación particular no debe impedirnos contribuir, con los otros hermanos, al silencio y a la paz que deben reinar en la fraternidad en el momento de la oración; una negligencia habitual en este punto sería la señal de que quizá vivamos de la ilusión.

## *El comienzo de la oración*

Una vez en la capilla, lo menos que podemos hacer es traducir en nuestros gestos y actitudes, la fe que tenemos en la presencia de Jesús, el respeto infinito y el amor que experimentamos hacia Él. Seríamos inexcusables, de no hacerlo.

Somos con frecuencia ilógicos cuando se trata de la oración. Nos quejamos de ser incapaces de orar y al mismo tiempo no hacemos ninguno de los actos que están en nuestra mano, los cuales son ya un comienzo de oración bien hecha.

Me temo que la omisión de estos humildes medios de expresión, no sea solamente efecto de negligencia más o menos voluntaria, sino que provenga además de una posición de principios más o menos procurada. Temo, asimismo, que bajo el pretexto de escapar al formalismo de las actitudes y la rutina de los ritos, vengamos, y sería más grave, a privarnos de los medios elementales para orar bien. La negligencia en las cosas pequeñas, conduce necesariamente, a la negligencia en las grandes. Una falta de respeto en la actitud exterior no corresponde a la actitud interior de infinito respeto debida a Dios. Porque somos hombres, la unidad de nuestra naturaleza es tal que nuestros sentimientos más profundos están ligados a las actitudes del cuerpo, no sólo para expresarlos, sino aún, con frecuencia, para sentirlos de verdad. Por otra parte, la manera de expresar interiormente estos sentimientos y la necesidad que se experimenta varían según la raza y las civilizaciones. Esta unidad que existe entre la oración y los gestos es tan profundamente humana que el Hijo del Hombre la aceptó. Jesús expresó su oración retirándose a la soledad, levantando los ojos al cielo, postrándose en la tierra; suspiraba y lloraba o experimentaba alegría, manifestando los sentimientos de que estaba animado durante su oración. (Cf. Mt 11, 25; 14, 23; 26, 30; 27, 46; Mc. 7, 34; 14, 35; 15, 34; Lc. 4, 16; 6, 16; 6, 12; 10, 21; 23, 44; Jn. 10, 22; 11, 41; 12, 27; 17, 1.)

Ante todo debemos saludar la presencia de nuestro «Bienamado Hermano y Señor» de la manera que lo prescriben nuestros ritos, poniendo en nuestro gesto mucho amor y respeto.

### ***Importancia de nuestra actitud exterior***

La actitud externa que mantengamos en la oración debe a la vez expresar nuestro contacto con Dios y hacernos más fácil el recogimiento interior. Desde el momento en que el estar de rodillas llega a ser tan molesto que absorba nuestra atención, debemos cambiar, quedando en libertad de volver a adoptar la misma postura algunos instantes después. La actitud que se guarde en la capilla debe ayudarnos a orar y no debe concebirse como mortificación, al menos de una manera normal. Puede, sin embargo, haber algunos instantes muy duros en que no podamos aparentemente ofrecer a Dios nada más que la actitud de nuestro cuerpo. No podemos decir que hemos hecho lo que está en nuestras manos para orar bien, si no hemos hecho esfuerzos para mantenernos bien. Es útil cambiar de actitud muchas veces en la oración, evitando así permanecer demasiado tiempo sentados.

La oración, cuando es difícil, debe ser constantemente renovada, y ya que sólo está en nuestras manos, el comienzo de la oración, verdaderamente, debemos de tiempo en tiempo, cuatro o cinco veces a la hora, renovar el ofrecimiento a Dios y recomenzar como si acabáramos de entrar en la capilla por primera vez.

Una actitud respetuosa del cuerpo es como una garantía dada a Dios de nuestra atención interior a su Divina presencia.

### ***La oración de Jesús modelo de la nuestra***

Los apóstoles fueron muchas veces testigos de la oración prolongada de Jesús, durante la noche o al amanecer, en el desierto o en la montaña. Ellos desearían probablemente imitar a Jesús orando como Él y poniendo su buena voluntad

en seguirle, pero no lo consiguieron. En el Tabor y en Getsemaní, los dos momentos más graves de la oración de Jesús sobre la Tierra, se durmieron. No llegaron jamás a orar como Jesús. Desanimados quizá, le pidieron un día que les enseñara a orar: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos» (Lc 11, 1).

No sabemos nada de la forma en que Juan enseñó a orar a sus discípulos. Debía tratarse sin duda de una oración común, quizás compuesta de salmos, y no da una larga oración silenciosa e interior; de otra forma los apóstoles no hubieran hecho esta pregunta a su Maestro. Jesús responde simplemente recitando delante de ellos el Padrenuestro.

### ***El Padrenuestro nos hace penetrar en la oración de Jesús***

Esto es todo. Las peticiones sucesivas de esta oración debían traducir los sentimientos que animaban la oración misma de Jesús. Él se dirige al Padre. Todas las preocupaciones reflejadas por esa oración son de adoración y de venida del Reino de Dios sobre el corazón de los hombres. Más tarde dirá que los suyos deben orar en su nombre. El Padrenuestro es la oración de Jesús y nosotros, hermanitos de Jesús, más que otros, estamos obligados a entrar en la oración de Jesús. ¿Ante la respuesta de Jesús, los apóstoles no quedarían decepcionados? Algún consejo para orar bien, algún método, algún secreto. ¿No volverían a dormirse como otras veces, mientras Jesús velaba en oración?

Si Jesús no les dijo nada sobre este punto era porque dejaba a su Iglesia y a los maestros espirituales suscitados en ella por el Espíritu Santo, el cuidado de enseñar la manera de orar, según la diversidad de tiempos, de lugares, de mentalidades y temperamentos. No son únicamente las actitudes humanas de los que oran las que cambian con el tiempo, existe, a la par que el desarrollo de la vida espiritual en la Iglesia, una penetración más profunda en la naturaleza de la oración, de sus relaciones con el avance del Reino de Dios

sobre la tierra, y una participación más consciente en la actividad que Jesús ejerce en el seno de su Cuerpo Místico mediante su oración y su sacrificio. El desarrollo de la vida religiosa, primeramente sólo monástica, hacia formas nuevas más directamente apostólicas, la toma de conciencia de problemas misionales, las revelaciones del Sagrado Corazón, la penetración de la devoción eucarística, han hecho comprender mejor, hasta qué punto la oración de los cristianos es, como la oración misma de Cristo, y a causa de ella, una actividad de adoración, de intercesión, o de reparación en nombre de la humanidad entera.

En nuestros días, esta conciencia es más viva que nunca hasta el punto de suscitar una necesidad de concretar esta delegación permanente para la oración en representación de los hombres, aún por medio de una participación efectiva en las condiciones de vida. Esta nueva manera de imitar la vida de Jesús en Nazaret, esta invitación a unirnos a la oración de este Hombre-Dios, que a la vez era obrero de su pueblo natal, expresa exactamente la evolución que está en esa misma línea. «Somos la voz de los pobres, su liturgia», me escribía uno de vosotros.

### ***Las condiciones de la vida moderna exigen especiales precauciones***

Esta concepción nueva de la oración, que encuentra su punto de partida y, en cierta manera, su misma forma en el cuadro despojado que impone la condición de pobre, unida a una mentalidad modificada por el ritmo nuevo de la vida actual, hace que algunas formas de oración enseñadas por los maestros espirituales de siglos pasados, hayan perdido parte de su eficacia. Más aún, han llegado a ser imposibles psicológicamente para un cierto número. Es quizás una de las razones de la dificultad que experimentan muchos actualmente en llegar al recogimiento y mantenerse en él. El hombre que sigue a lo largo del año el ritmo de una ciudad moderna, experimenta ciertamente gran dificultad en dominar su

imaginación y pensamiento. La fatiga nerviosa, la tensión continua, el hecho de estar obligado a recibir a lo largo del día y de una manera semi-inconsciente esa barahunda de imágenes, de luces, de sonidos, dificulta grandemente la atención y concentración interior. Los que habéis experimentado después de la infancia, la influencia continua de un ambiente tal, experimentaréis más que otros la dificultad de recogeros. Esta debilidad que a su vez es causa de pobreza de medios para la vida contemplativa, aunque no la podemos remediar completamente, existe el peligro de que nos aprisione y nos arrastre.

Dos cosas debemos procurar: ante todo, reaccionar en la medida de lo posible presentándonos a la oración como hemos indicado. Sólo cuando hayamos hecho todo esto generosamente, tendremos derecho a ofrecer esta debilidad como un humilde sacrificio a Dios, suplicándole quiera servirse de ella como un medio para hacernos penetrar en una oración de simple mirada y ofrenda de nosotros mismos, que sólo el Espíritu de Jesús es capaz de producir en nosotros. Los dones del Espíritu Santo han sido depositados en nuestra alma como una promesa de su asistencia, cuando el trabajo exigido por Jesús está a todas luces por encima de nuestros medios. Es por tanto necesario hacer todo lo humanamente posible para realizar bien la oración suplicando al Espíritu Santo que venga en nuestra ayuda, pero al mismo tiempo prepararnos, con un gran deseo, una espera paciente y confiada de esta visita en nosotros de la oración misma de Jesús. Cuando hayamos hecho todo esto, no nos queda, sino perseverar en la confianza con respecto a la oración, sin dejar de prepararla bien ni de comenzarla bien cada día, poniendo cada vez nuestro corazón como si fuera el primer día, estando ciertos entonces de que en esta oscuridad, Jesús está presente y que nuestra oración es eficaz. Lo que nos faltará entonces será sólo sentir esta eficacia y alegrarnos de ella. Pero lo que importa, más que el sentimiento, cuando Dios está aquí, es la realidad: Esta es la ley de la fe, en ella permaneceremos sumergidos y a veces



tristes hasta la muerte. ¿No es sobre todo hacia el fin de su vida, cuando el hermano Carlos de Jesús escribía que no veía nada, que estaba en la oscuridad, que no sentía ser amado que necesitaba agarrarse a la fe?

Esto es exactamente lo que he querido explicar en el capítulo «La oración del pobre»; por esto sería falso apoyarse en esta enseñanza para quedar pasivos sin aprender a orar, sin reaccionar contra las dificultades exteriores de la oración, dificultades propias de nuestra vida que no podemos evitar totalmente: la fatiga debida al trabajo, la capilla demasiado pequeña, quizás poco silenciosa, la pesadumbre del sueño. Pero todo esto no será medio de purificación, espera de una gracia de unión y ofrenda de un sacrificio agradable a Dios, sino con esta doble condición: que hayamos hecho todo lo posible para ordenar nuestra oración haciéndola una acción tan perfecta como sea posible y reduciendo al mínimo las dificultades materiales y exteriores que estorban normalmente la oración.

Este es el peligro que tenemos: la pereza espiritual que engendra, por falta de reacción, una actitud de pasividad de la cual se intenta solamente salir ofreciendo a Dios el que de ella resulta.

He aquí lo que yo quería deciros concerniente al fin de vuestra hora de oración.

### ***No despreciar las prácticas externas***

Es bueno comenzar la Adoración con una oración vocal muy lentamente recitada en el interior, o mejor, a media voz, si se está solo. El P. Foucauld lo hacía con frecuencia. Se pondrá en esta oración toda la atención necesaria para mantenerse bien, fijando la mirada ya en el libro, ya en una imagen de Cristo o de la Virgen, ya en el Santísimo Sacramento. Así expresamos con toda sencillez nuestro deseo de ofrecer todo nuestro ser al Señor, uniendo nuestro respeto a la resolución de orar bien. Podéis hacerlo aun cuando estéis habitualmente entregados a una oración de simple presencia. Existe el peligro constante de que se mezcle a nuestra oración

la pereza. Por esto es bueno prevenir el libertinaje de la imaginación, terminando la preparación de la que he hablado, por este acto de atención física. Es propio de lo que somos, de hombres, esforzarnos ante nuestro Dios, y ello es más una ofrenda que una oración vocal bien hecha. ¿No será normal comenzar invocando al Espíritu Santo recitando una oración como el «Veni Creator»? ¿No tenemos necesidad de su ayuda, ya que deseamos la contemplación? Es el momento de acordarnos también de los Ángeles y de la Virgen María, su Reina, porque ellos han sido especialmente designados por Dios para ser los mensajeros de nuestra oración y para ayudarnos eficazmente en nuestro débil esfuerzo para dirigir la mirada de nuestro espíritu hacia la Faz que contemplan.

Es útil, para evitar la rutina, variar las oraciones, aunque no hay que confundir la rutina con la costumbre. Algunos tienden a veces, bajo pretexto de evitar la rutina, a suprimir de su vida espiritual toda oración regular y toda expresión sensible. Pero si se adquiere el hábito de no hacer esfuerzo espiritual, este camino conduce al vacío y a la tibieza. No está la cosa en suprimir el ejercicio que en un principio nos era una ayuda comprobada, medio de conseguir llegar a ser más fervorosos, sino en hacer cada día el esfuerzo necesario de atención y de amor para devolver a este ejercicio todo su sentido. No es que nuestra sensibilidad esté desgastada por una oración vocal o un ejercicio que debemos abandonar; todo lo contrario: debemos continuar sirviéndonos como de un signo que exprese los sentimientos que quisiéramos sinceramente sentir y ofrecer a Dios. Estos ejercicios sobre todo cuando nos son impuestos por la obediencia o cuando forman parte de la expresión normal de nuestra piedad, no deben suprimirse bajo pretexto de poder engendrar la rutina. Se debe ensayar la lucha contra la gula espiritual, renovándose interiormente, pero no hay que suprimir ciertas oraciones vocales o ciertos gestos rituales que conservan toda su significación y razón de ser, aun cuando nuestra sensibilidad se haya embotado por la costumbre. Así, la liturgia de la Misa, el

Oficio, el Evangelio, el Rosario, el Vía-crucis, el culto del Santísimo Sacramento. ¿Tendríamos el deber de abandonar sucesivamente todas estas formas de oración? Es una ilusión buscar un remedio para la rutina suprimiendo toda expresión susceptible de engendrar un hábito. Se puede ensayar la variedad, pero vale más aún, elevarse al plano superior del espíritu y de la fe, que, aunque es verdad que no se alimenta de lo sensible, puede servirse de él como de medio de expresión. Esta fue la actitud adoptada por el Hombre-Dios frente a los diversos medios humanos de expresión y frente a las cosas que para Él tenían valor de signos.

### ***El camino a seguir***

Después de estos principios es necesario un esquema para dirigir la oración, sobre todo si ha de ser prolongada. Se trata de mantener la mirada de la fe en Dios, a fin de dirigir hacia Él los sentimientos que deseemos expresar: adoración, acción de gracias, alegría de su gloria y de lo que es Él, intercesión, súplica.

Así mismo se debe mantener el desprendimiento de otras cosas, procurando, por otra parte, no ser invadidos por las distracciones, imaginaciones o preocupaciones. Estas distracciones son más o menos inevitables. Lo esencial es esforzarse en guardar la paz porque cuando hayamos hecho todo lo posible y lo que sepamos, ya no somos responsables de nada más. Es un error luchar directamente contra la imaginación y las distracciones. No podemos luchar contra las distracciones. Sería enervante e ineficaz. Al contrario, debemos simplemente esforzarnos en volver de nuevo, sin turbar la imaginación y la inteligencia, dirigiéndolas hacia Dios y hacia Jesús. No se lucha por tanto directamente contra las tentaciones, sino se las evita o se las abandona sin prestarles atención. No existe método alguno por el que puedan hacerse desaparecer totalmente las distracciones en el momento de la oración.

Hay que tomar, entre tanto, todos los medios que se juzguen útiles para fijar la atención imaginativa e intelectual en Dios.

Debemos atajar las causas. Las distracciones dependen, en efecto, frecuentemente, de causas anteriores a la oración: impresiones sensibles, recuerdos, imaginaciones malsanas, lecturas, cuidados, preocupaciones impropias del trabajo, inquietudes, en una palabra, todo lo que nos trae el recuerdo de nuestra vida diaria. Hay que advertir que en el momento de la oración es cuando el campo de la imaginación se encuentra más libre de toda otra actividad. Como la madre de familia que se retira a una habitación para leer o recogerse, si ha descuidado proporcionar una ocupación muy absorbente a sus hijos, en cuanto se retire, existe el peligro muy probable, de que se organice la barahunda infantil a que están acostumbrados los niños cuando se juntan muchos sin ninguna ocupación. Esta es la historia de nuestras preocupaciones imaginativas. Estas se encuentran libres cuando nuestra actividad consciente se retira a la zona superior del espíritu, para buscar allí la unión con Dios.

La sola cosa que podemos entregar totalmente a Dios es nuestro deseo de amarle, pero no todo nuestro pensamiento.

### ***Como conseguir el recogimiento***

El mejor remedio contra las distracciones consiste en ser fiel en preparar bien la oración: esfuerzo de desprendimiento de ocupaciones, que acaban de dejarse; vuelta a la calma exterior e interior; y transición todo lo más completa posible, de la agitación de actividades múltiples, a la inmovilidad de la oración. Debemos purificar la memoria haciendo examen más tarde de nuestros cuidados proponiendo solución a las cuestiones que nos preocupan.

La forma de conducirse para mantener fija en Dios, la fe, la atención de la imaginación o del espíritu, variará mucho de un hermano a otro: esto depende sin duda del temperamento, del estado físico, del género de ocupación, de la

costumbre más o menos grande que tengamos de recogernos en la oración, pero sobre todo depende de la acogida que hagamos a la actividad del Espíritu Santo en nuestro corazón. Unos se servirán principalmente de su imaginación, fijándola en Cristo, su Pasión, los Misterios de su Vida, en la Virgen o, en fin, en los ángeles y los santos que contemplan ya la Faz de Dios. Otros podrán llegar más fácilmente a un recogimiento del espíritu más simple y más despojado. La simplificación de la oración es, en parte, obra del hábito de recogimiento, pero sobre todo es efecto de la acción del Espíritu Santo. No hablo ahora de la oración de recogimiento ni de aquella que no tiene camino, porque en estas circunstancias no tenemos nada que hacer, sino dejarnos conducir generosamente. Os pido solamente que no confundáis la luz oscura que viene de Dios, Con esa vaguedad que proviene sobre todo de negligencia o de pereza espiritual. Hay que evitar el peligro de permanecer en una representación intelectual o imaginativa, sin buscar expresar a Dios, en un diálogo íntimo del corazón, los diversos sentimientos de amor, recogimiento, de infinito respeto, que debemos expresarle.

### ***Algunos procedimientos***

Cada uno debe conseguir encontrar la forma de oración que más le convenga. Le aconsejaría inspirarse en el ejemplo de Carlos de Foucauld. Los dos esquemas de que se sirvió para ordenar su oración son muy simples y al mismo tiempo son ejemplo de lo que podemos hacer a imitación suya. He aquí los métodos sencillísimos que empleó el Padre Foucauld y la descripción que ellos hace. Primero: Toma conciencia ante todo en la fe del acto que vas a realizar: ¿de qué se trata? Después de leído un texto del Nuevo Testamento o algo a propósito de un misterio, a) ¿qué tenéis Vos que decirme, Dios mío?, b) Y yo, ¿qué tengo que deciros?, c) No hablar más, mirar al Bienamado.

Segundo. «Otra manera de orar consiste en dividir el tiempo consagrado a la oración en varios apartados,

consagrando cada uno de estos momentos a los actos que Dios espera de nosotros en la oración: a) Adoración y admiración; b) alegrarse con Jesús y sufrir con Él (comunicación de sentimientos); c) tomar conciencia de la propia miseria, pedir perdón, reconocer la necesidad propia de redención; d) dar gracias por sí y por los otros; e) pedir para sí y para los demás». Para comprender bien estos métodos, es suficiente haber leído algunas de las meditaciones escritas por el Padre, que le servían como de preparación a la Adoración. Ahí tenemos un ejemplo típico de la actitud de su alma y de la manera de que se servía su fe, animada por el amor, de la imaginación y demás sentidos para comunicar a las realidades invisibles una fuerza de presencia casi perceptible, suficiente para captar la atención y para empujar la voluntad a obrar. Aquí hallamos todos los elementos de una verdadera oración que quizá no debemos imitar a la letra, puesto que no tenemos probablemente el mismo temperamento que el Padre Foucauld, pero en ellos debemos a inspirarnos para encontrar nuestro propio camino, que corresponda mejor a nuestras aspiraciones, a nuestras dificultades y a la forma concreta por la que Dios nos haya conducido hasta aquí. Hallaremos además en la actitud del alma del Padre Foucauld ciertos elementos constantes que deben inspirar siempre la oración de un Hermanito.

### ***Nuestra actividad durante la oración***

Nuestra mirada interior hemos de dirigirla con preferencia a Jesús, apoyándonos en su presencia eucarística, ya en la meditación del Evangelio. Esto es lo que debemos conseguir después de la oración vocal del principio. Es necesario renovar nuestra fe en la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento, recurriendo a la ayuda de una plegaria en su honor. Si estamos delante del Sagrario empleemos algunos minutos en adorar a Jesús en la Eucaristía, amarle, ponernos delante esta realidad. Mientras que la gracia de Jesús mantenga en nosotros viva esta mirada de adoración y de amor, debemos prolongarla sin ocuparnos de otra cosa. Pero

si esto no persiste, si el vacío se introduce en nosotros, un vacío lleno de distracciones que no puede confundirse con el vacío lleno de presencia divina oscura, es el momento de colaborar activamente en nuestra oración. Esto no podremos hacerlo, si no estamos preparados para seguir un esquema fijado de antemano. Este esquema tiene por fin ayudar a nuestra atención sensible y espiritual a dirigirse hacia las cosas de Dios en una mirada de fe. En los comienzos esto será necesario por lo común; más adelante tenderá a convertirse en más simple, a transformarse en un hábito interior de atención a la presencia divina. Pero no se podrá prescindir sin negligencia de un método, adaptado a nuestra manera de orar.

Es conveniente, ya desde el Noviciado, que cada uno escoja con el asesoramiento del maestro de novicios, el método, a utilizar habitualmente para hacer de su Adoración una obra bien hecha, verdaderamente ofrecida a Dios. Más tarde será muy útil que en el curso de los Ejercicios anuales examine si ha sido fiel y si es conveniente modificar el método de oración, ya para hacerlo más exigente, ya para adaptarlo o simplificarlo según una nueva etapa espiritual.

### ***Consejos prácticos***

Para fijar este método es necesario tener en cuenta algunos principios muy sencillos. No olvidar que la fe supone la atención, y que ésta, por regla general, a menos de estar sostenida por fuertes impresiones procedentes del exterior, no podrá mantenerse fija sobre el mismo objeto. Fijar la atención interior más de algunos minutos en un objeto invisible, es cosa difícil. Debemos estar dispuestos a recomenzar frecuentemente nuestra oración, por ejemplo, cada diez o quince minutos. No temamos arrodillarnos de nuevo, renovar los sentimientos de la presencia de Jesús en la Eucaristía, releer algunos renglones del Evangelio.

¿Debemos usar algún otro libro durante la adoración? Sí, siempre que constatemos tener necesidad de esa ayuda para volver a ponernos en presencia de Dios. No, cuando tengamos

la impresión de que esta lectura, en el fondo, es una cobardía, como una huída de este acto de abandono, de pérdida de nosotros mismos, de la cual necesitamos para aceptar esa presencia de Dios oscura, pero real, en el fondo de nuestra alma. No debemos dejar de tomar el Evangelio por pereza espiritual, o por el principio inexacto, de que el desprendimiento en la oración debe estar por encima del esfuerzo por conocer a Dios en la fe. La lectura meditada debe ser corta, sobre un texto sobrio, donde se hable directamente de Dios, de Cristo o de la Virgen, debe hacerse, no para meditar propiamente, sino buscando enriquecer nuestro espíritu con vistas a provocar en nuestro corazón un nuevo diálogo con Dios, donde el sentimiento del amor quede por encima de meras consideraciones del espíritu.

### ***No descansar en resultados sensibles***

Y dicho esto, no queda, sino recomendar que cada uno haga con la mejor voluntad lo que esté de su parte, con paciencia, sin inquietarse por los resultados obtenidos; resultados que escapan a nuestra apreciación. Dios solo conoce el valor de nuestra oración. Nuestro esfuerzo debe recaer sobre la manera de ser fieles en prepararla y llevar a ella las disposiciones del corazón y la colaboración activa que nos corresponde. Si hemos hecho todo lo posible no queda, sino perseverar sin desanimarnos jamás. La más perfecta oración no es aquella en que tengamos conciencia de recibir más. Jesús ha insistido tanto sobre la perseverancia en la oración como actitud esencial de ésta, que hay que considerar como normal no encontrar en ciertos días otro motivo de perseverancia, sino esta recomendación del Señor y la fe confiada en las promesas de Jesús. Seremos escuchados. Debemos creerlo. Pero no podremos comprobarlo salvo en casos muy raros. Además, si nuestra oración es ante todo, como una ofrenda gratuita de adoración, de total entrega de nosotros mismos en la fe, sobre todo en ciertos días de sacrificio doloroso no podrá ser otra cosa, ya que esto mismo será para nosotros fuente de luz, de conocimiento de Dios, de fuerza y de amor. Toda oración bien



hecha nos obtiene estas gracias. Por nuestra parte debemos aspirar de todo corazón a conseguir a través de este ejercicio de fe, que supone toda oración, un conocimiento de Jesús más profundo, y, como esperamos, una gracia auténtica de contemplación.

Experimentamos, no sólo en el plano espiritual, sino aún en el mismo psicológico, la necesidad de la oración, de largo tiempo de oración, para aprender a mirar la vida y sus vicisitudes a la luz de la fe.

Siempre tendremos dificultades para orar. En ciertos días estas dificultades se nos harán más grandes y entonces necesitaremos de gran ánimo para soportar la oración, transformándola en comunión real con la oración dolorosa de Jesús en Getsemaní.

Debemos, a veces, hacer a Jesús el don de una oración totalmente gratuita, oración en pura fe, donde todo es sacrificio y abandono del propio ser en Dios sin buscar nada más, ni aún espiritualmente. Una tal oración se sirve, por así decirlo, de nuestra absoluta debilidad para transformarnos por entero en adoración viviente. Si no se puede orar siempre así, es bueno, por otra parte, que nuestra vida esté señalada de tiempo en tiempo por semejantes actos de adoración: es lo que nos sucede con frecuencia en nuestras adoraciones por la noche. Para casi todos, éstas son duras, y presentan raras veces las condiciones favorables para la oración, pero para todos son al mismo tiempo un verdadero acto de adoración, de unión con la inmolación de Jesús. Nuestra oración de la noche es sobre todo gratuita. El mundo está en silencio, toda actividad está paralizada, mientras nosotros obligamos a nuestro cuerpo a levantarse para realizar la oración en un gesto de amor al Señor que nos aguarda. Es sin duda fatigosa, pero de ninguna manera inútil. No hacemos la oración de la noche únicamente para encontrar las mejores condiciones para el recogimiento, sino porque este acto reúne quizás las condiciones necesarias para ser una verdadera oración.

## *Eliminemos dificultades*

Por nuestra parte debemos hacer todo lo posible para eliminar de la oración las dificultades exteriores que crean condiciones desfavorables al recogimiento: ruidos, fatigas, somnolencia. Cuando hayamos hecho todo, en la medida en que las exigencias legítimas de nuestra vida pobre y mezclada con los hombres, nos lo permitan, entonces, pero sólo entonces, tendremos derecho a contar con el Espíritu de Jesús para transformar estas condiciones aparentemente poco favorables, en medios de purificación de nuestra fe, en vista a una unión contemplativa con Dios más oscura, pero al mismo tiempo más total. Vuestra vocación a la oración tiene unas exigencias propias que no podemos descuidar; como decía el hermano Carlos en una meditación sobre Nazaret hablando de la Sagrada Familia: «Vivían en el mundo como sin ser del mundo». Eran dos obreros ¿pero eran obreros ordinarios?

### *PARA REFLEXIONAR, ORAR Y COMPARTIR*

«El Evangelio seguirá siendo siempre el código por excelencia de la oración de las pobres gentes, ya que todo lo que en él está indicado permanece a su alcance» (R. VOILLAUME, *En el corazón de las masas*)

1. ¿Qué se puede hacer para calmar nuestro espíritu antes de la oración? ¿Cómo conseguir recogimiento? Compartimos experiencias.
2. ¿En qué momentos concretos la oración de Jesús ha sido modelo para nuestra oración?
3. ¿Tenemos experiencia de ser acompañados en nuestra vida de oración? ¿Qué lugar ocuparía la revisión de vida en nuestra vida de oración? ¿Qué hacer para no abandonar la oración en momentos difíciles?
4. ¿Qué dificultades encontramos en nuestro entorno para orar?

## ¿CONFLICTO ENTRE ACCIÓN Y ORACIÓN?

Por esto no tenemos derecho, aunque vivamos presentes en un medio desfavorable, a aceptar un horario o unas condiciones de trabajo que no nos dejen habitualmente la posibilidad de ser fieles a las obligaciones que nos prescriben las Constituciones. Esto sería perder de vista el fin mismo de nuestra vida religiosa y a pesar de nuestros esfuerzos y buena voluntad, no podríamos evitar el desánimo, la tibieza y aun el tedio de nuestra vida religiosa. Los Hermanos responsables, sobre todo los regionales, deben estar muy atentos a esta cuestión del horario del trabajo. Es este un punto muy importante de la Regla y es frecuente la tentación de ensayar o al menos querer conciliar un horario de trabajo demasiado pesado, con las obligaciones de las Constituciones. De una parte, el deseo de compartir hasta lo último la situación de los trabajadores, el temor de no encontrar trabajo, el atractivo por un oficio que se ama, la necesidad de guardar contacto con los amigos, y, de otra parte, las exigencias ineludibles de una vida de oración, el cumplimiento de las obligaciones de una vida consagrada, hacer olvidar, quizás con frecuencia, la fidelidad a una promesa solemne de obediencia a la Iglesia, a las Constituciones, al superior de la fraternidad. Sí, es verdad, el conflicto existe y es frecuente.

Se pregunta con frecuencia si no debería el Espíritu Santo, para resolverlo, dejarnos más libres en el ejercicio del amor, poniendo en nosotros, en lo profundo del alma, una gracia tal de contemplación permanente que pudiéramos dejarnos conducir sin estorbos por las exigencias de la caridad. Lo que hicieron los santos, ¿por qué no lo podremos hacer nosotros? ¿Por qué el ejemplo de san Bernardo, del Cura de Ars, no podríamos dejarnos devorar por los hombres, ser comidos por ellos, sin cesar al mismo tiempo de contemplar el Rostro de Jesús con la certeza de que nuestra oración vela en el fondo de nosotros mismos, no como un fuego de rescoldo, sino como una pequeña llama muy viva y activa, llena de luz y de la fuerza del Espíritu Santo? Sí, esto es verdad, y es posible

algunas veces. Sería en efecto paradójico que la profesión religiosa, profesión para alcanzar perfección, fuera obstáculo para la libertad superior de la conducta del Espíritu Santo y para los excesos sugeridos por el Evangelio, a los cuales no podríamos entregarnos más que bajo el impulso de este mismo Espíritu. No, la perfección religiosa no podrá ser obstáculo a estos últimos toques cuyo Autor es Dios en la vida de los Santos. Más aún: ella misma aporta a esta disponibilidad, la condición indispensable sin la cual no sería más que ilusión, la obediencia. En la obediencia nos podemos atrever a todo, mientras que fuera de ella estamos ciertos de no seguir al Espíritu Santo, porque Él no se puede contradecir. El Espíritu Santo no puede sugerir a un religioso que se desligue de esta fidelidad al precepto de Jesús: «El que a vosotros oye, a Mi me oye». La confianza de que Dios no pueda dar dos directrices opuestas, la humilde sencillez, el desprendimiento del propio juicio, pueden permitir, en la obediencia, traspasar la prudencia ordinaria para seguir la locura de la sabiduría del Espíritu Santo.

Fuera de este caso extremo, es normal que, con el afianzamiento espiritual en la fe y en la caridad, un Hermano más antiguo pueda tomarse más libertades y obrar con mayor flexibilidad que un novicio o un Hermano profeso más joven, que tiene necesidad para su equilibrio espiritual, bajo pena de faltar a la generosidad, de una fidelidad más estricta y constante a las reglas exteriores de la oración.

No establezcáis comparaciones entre vosotros ni os juzguéis unos a otros. Tened en cuenta la ley de evolución de la vida espiritual y aprended a conoceros bien. No os creáis demasiado pronto libres de ciertas condiciones absolutamente necesarias, al primer estadio de la vida espiritual. En este campo, todo aquello que se haga fuera de la sencillez y de la obediencia, debe ser considerado como ilusión o falta de generosidad. Una actitud de humilde obediencia es la mejor preparación para recibir la luz de Dios en la oración: «Yo te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has

escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños» (Lc 10, 21).

### *El amor que no duerme*

Antes de seguir adelante creo será bueno recordar las señales cómo reconocer que ha llegado el momento de tomar estas libertades de las que acabamos de hablar y que pide, a veces, el amor; libertades en cuanto a las prescripciones de la Regla sobre el tiempo de oración, libertades, que quede bien claro, que no deben tomarse sino con la obediencia. Es necesario para solicitar esas libertades, ser capaz de permanecer en estado de oración, no solamente por la intención de una voluntad habitualmente obediente a Dios, que es el estado de gracia, sino por una especie de vigilia del corazón. Es ésta un estado real de contemplación, estado compatible con las actividades de trabajo o de relación que subsiste en nosotros sin actividad de nuestra parte, sin que sea fruto de un esfuerzo voluntario de atención simultánea a Dios y a lo que hacemos. En efecto, un tal esfuerzo de atención simultánea no es posible, excepto durante algunos cortos instantes y no debemos aspirar a ello como a un ideal, pues terminaremos en tensión nerviosa o en decaimiento. Sólo Dios tiene poder de depositar en nosotros este hábito de mirada contemplativa oscura, que es una verdadera atención del alma a Dios, sin actividad de nuestra parte, dejándonos, no obstante, libertad de acción. Cuando se interrumpe la acción para oír, aún después de largo tiempo, se tiene como la certeza de no haber perdido a Dios de vista. Al dejar la acción para disponerse de nuevo a orar sucede como si se descorriera simplemente un velo que ocultaba un estado ya existente en lo profundo de la conciencia que pasa o primer plano de forma explícita; pero en realidad no se tiene impresión de un cambio esencial. De aquí proviene esta seguridad, esta libertad y esta paz que demuestran su origen divino, sea lo que sea, lo que nos pidan hacer. Un estado tal no debe suponerse, sino comprobarse. Está acompañado de un deseo constante de soledad y de oración si bien únicamente por caridad o por

cumplimiento del deber, toma estas libertades respecto al horario de la oración. Pero en cuanto se halla libre desea volver en seguida. Puede suceder así mismo que este estado de oración habitual se pierda por culpa nuestra o simplemente porque Dios así lo haya querido. Conviene entonces pedirse cuenta y someterse de nuevo, por algún tiempo, a una disciplina.

La oración pura, la que supone la interrupción de toda otra actividad, permanece siempre como una necesidad y una obligación para todo cristiano y con mayor razón para un Hermanito. Jesús, que más que cualquier otro contemplativo estaba en relación constante con su Padre en la Visión, se escapaba siempre que podía para ir a orar a su Padre en la soledad y en el silencio de la noche.

### ***Matices en la oración***

La Oración puede revestir diferentes aspectos correspondientes a los momentos y a las gracias otorgadas por Dios. Puede ser contemplación apacible del Rostro de Dios o estar marcada por el sacrificio de la oración de Jesús en Getsemaní. Así mismo, cuando se realiza delante del Santísimo Sacramento, en especial expuesto solemnemente, puede revestir el aspecto de un culto de la Eucaristía. Tenemos una misión, y esto por parte de nuestra profesión religiosa, en nombre de la Iglesia y de los hombres a quienes estamos consagrados, de Venerar la Presencia de la Humanidad Gloriosa de Jesús en el Santísimo Sacramento, rindiéndole adoración. Cuando el Hermano Carlos de Jesús oraba en su pobre capilla, su oración tenía como punto de partida una fe muy viva en la Presencia sacramental. Esta presencia era entonces como el lugar de su oración. El signo sensible de las apariencias bajo las que reside realmente la Humanidad de Jesús, es una ayuda poderosa para suscitar y orientar nuestra adoración. Pero no podemos contentarnos con mirar la presencia Eucarística en nuestra capilla con relación a nosotros como un medio, comportándonos en su presencia únicamente

en función de la ayuda que allí encontramos para aumentar nuestra vida de fe. Existiría entonces el peligro de no ver en la Exposición del Santísimo Sacramento más que un medio exterior de sostener el fervor de la oración. Se apreciará de diferente manera siguiendo las circunstancias especiales: para unos la Exposición del Santísimo Sacramento es un factor indispensable de fidelidad a la oración. Para otros, ésta aparece como una especie de compromiso comunitario en orden a la oración y a la guarda del silencio en la fraternidad. Para otros, en fin, que quizás tienen una oración más despojada, no es la Exposición Solemne una verdadera ayuda. Algunos llegarán a decir que la Exposición les molesta, que el tiempo pasado en preparar la capilla para la Exposición es tiempo robado a la verdadera oración. Y no faltan quienes piensan cuando se acostumbran a ella, que sería mejor tenerla sólo de tiempo en tiempo. Todas estas consideraciones, aunque son verdaderas, dejan reflejar un conocimiento defectuoso de un aspecto esencial del culto eucarístico como es rendir homenaje de veneración al Cuerpo y a la Sangre de Cristo. Este culto debe ser exterior y expresarse de una manera sensible y visible so pena de abandonar el valor esencial de signo que posee el Sacramento. Jesús, al decidir quedarse visiblemente entre nosotros solicita por el mismo hecho un culto visible de adoración y respeto. No hace falta repetir de nuevo lo que he dicho más arriba sobre la necesidad que experimenta el hombre de expresar por medio de las actitudes sus sentimientos internos. Es suficiente hacer aquí la aplicación al culto eucarístico tal como lo tiene ordenado la misma Iglesia.

Bajo este aspecto totalmente gratuito de veneración, de culto de adoración, es como debemos considerar ante todo, la Exposición Solemne del Santísimo Sacramento o la solemnización de la oración ante el Sagrario. Es por esto por lo que conserva este culto toda su razón de ser, aunque nos moleste un poco y nos parezca que podríamos prescindir de esta manifestación exterior, en nuestra plegaria y oración. Podría existir la pretensión –cuando en una fraternidad el

culto eucarístico es casi la sola manifestación exterior que caracteriza nuestra vida sumergida en la vida diaria de una sociedad materializada—, de creer que podemos prescindir impunemente del signo que Jesús ha querido para nuestra vida terrena. Existen algunos, aunque pocos, que no han experimentado las gracias del fervor obtenidas mediante una fidelidad atenta, respetuosa al culto eucarístico. Una actitud de humilde docilidad a las recomendaciones de la Iglesia, y a aquellas tan insistentes del Hermano Carlos de Jesús, las directrices de nuestra Regla, nos puede grandemente disponer a todas las gracias de nuestra vocación. Es verdad que el Padre Foucauld, para permanecer fiel a una llamada excepcional de la caridad, no dudó en sacrificar durante muchos meses, no sólo el culto, sino aún la misma presencia del Santísimo Sacramento y la celebración de la Santa Misa, pero no se decidió a este extremo sin sus dudas y sus sufrimientos, no cesando, por otra parte, de suspirar por el día en que le fuera otorgado encontrar de nuevo esta Presencia Bienamada; de la cual había recibido tanto y que había sido para él siempre, el camino conducente al Padre.

Por obediencia a nuestra vocación, también nosotros podemos vernos privados ciertos días de la Misa, y aún a veces de la presencia eucarística. En este caso el Señor suplirá las gracias que ordinariamente nos vienen a través del Cuerpo de Jesús y por medio de su culto. Pero por lo que respecta a nosotros, es entonces cuando debemos estar más deseosos que nunca de venerar el Cuerpo de Cristo y de recibirlo. No creamos con demasiada facilidad que aunque lo único esencial de la vida de unión con Dios mediante la gracia y las virtudes teologales, que el culto eucarístico es algo secundario. No, el culto eucarístico es para nuestra debilidad un alimento y un sostén indispensable y jamás debemos privarnos de él por negligencia y sin orden de la Obediencia. Este culto, aunque exterior, está en la simple lógica del amor, porque todo amor profundo experimenta la necesidad de manifestarse. Existen



otras razones para venerar el Santísimo Cuerpo de Cristo, razones del corazón que la razón no comprende.

### *PARA REFLEXIONAR, ORAR Y COMPARTIR*

«Iremos a la adoración, al trabajo y al servicio de los hombres, con la misma pureza de intención y en el mismo movimiento del amor. Entonces habrá unidad en toda nuestra vida». (R. VOILLAUME, *En el corazón de las masas*)

1. ¿Cómo conciliar trabajo y oración? ¿Qué hacer para reservar los momentos diarios de oración en medio de las actividades y trabajos?
2. ¿En qué medida ayuda la comunidad a la perseverancia en nuestra oración? ¿Cómo acompañar el ritmo de oración de cada uno?
3. ¿Entendemos la oración como un acto de caridad y servicio a las gentes con las que habitualmente tratamos?
4. ¿Cómo llevar a otros al descubrimiento de la adoración eucarística? ¿En qué medida nuestra devoción se asienta en los sentimientos de nuestro corazón?
5. ¿Qué hacer para vivir la celebración de la eucaristía dominical? ¿Tenemos conciencia de que muchos cristianos no tienen acceso a este gran don? ¿Cómo construir la comunidad sin eucaristía?

## UN MEDIO DE CONTACTO CON DIOS

No puedo terminar esta carta sobre la oración, sin decir siquiera una palabra sobre los días de desierto. En efecto, son éstos esenciales para nuestro afianzamiento en la oración.

Los días de desierto ofrecen algunas condiciones particulares muy favorables para la misma, que no pueden hallarse en otro lugar. Estas condiciones hay que mantenerlas y saberlas utilizar. En nuestra vocación los días de desierto son unos cortos descansos en el camino, pero hechos con regularidad: son imitar de lo que hacía Jesús, lo que no impide que en la vocación particular de algunos hermanitos existan intervalos de desierto más prolongados. No hay que oponer las condiciones del “día de desierto” a nuestra vocación habitual del culto eucarístico; es cosa diferente. La fidelidad al culto de la Eucaristía y a la oración ante el Santísimo Sacramento constituye la trama habitual de nuestra vida en tanto que los días de desierto no son, sino días pasajeros. La presencia eucarística no es en sí misma incompatible con las condiciones de un verdadero desierto; pero si por conservar la presencia eucarística o la Misa, fuera necesario salir del desierto, sería mejor privarse de ellas durante algún tiempo y permanecer en el desierto.

No es suficiente estar en el desierto con sólo el cuerpo para beneficiarse de sus ventajas espirituales: debemos en efecto, saber estar espiritualmente con el ánimo de encontrar a Dios. Esta actitud espiritual es esencial, pero no la conseguirá, en general, la mayoría de los Hermanitos, sin la ayuda de ciertas condiciones exteriores que constituyan “el cuadro desértico”. Como en muchos casos no será posible retirarse a un verdadero desierto, deberemos, generalmente ensayar, fabricarnos los elementos principales del cuadro eremítico cuya realidad deberá suplir.

### *Qué buscar en el desierto*

Antes de hacer un día de desierto debemos saber lo que buscamos en él. El desierto lleva en su misma realidad el signo del aislamiento, no sólo de los hombres, ha sido también de toda actividad puramente humana. Lleva consigo el signo de la aridez, del despojo de todos los sentidos, de la vista, como del oído; así mismo significa la total impotencia del hombre que descubre sus habilidades, ya que el hombre no puede hacer nada por sí mismo para subsistir en el desierto.

Por último, el desierto encierra en sí la idea de pobreza, de austeridad y de extrema sencillez. Es Dios quien conduce al desierto ya que el espíritu no puede mantenerse en él sin ser alimentado directamente por Dios. En esto se diferencia un día de desierto de un día de retiro, donde es bueno, por el contrario, buscar todos los medios posibles de renovar y mantener la fe: conferencias espirituales, lecturas prolongadas, cuadros monásticos, ambiente de una capilla, oficio litúrgico, oraciones en común, entrevista con un director espiritual. Estos retiros son necesarios y pueden suponer siguiendo el grado de nuestra oración, diversos estudios de vida más o menos solitaria.

El desierto es una tentativa de avanzar desnudo, débil desprovisto de todo apoyo humano, en ayuno total de alimento terreno, aún espiritual, al encuentro de Dios. Es verdad que no podemos ir lejos si Dios no nos envía por Sí mismo el alimento, como un día lo hizo con Elías, tendido, agotado, hastiado.

Aunque nuestra oración supone nuestra actividad teologal personal, es siempre además una respetuosa espera del alimento divino.

El día de desierto es un ensayo, un test, algo así como una tentativa, llena de confianza, para hacer que Dios venga a buscarnos por Sí mismo, en nuestra impotencia, a fin de conducirnos a Él. Lo más esencial en el día de desierto es el desprendimiento total y la espera de Dios, simple, apacible y silenciosa en una cierta inactividad de nuestras potencias. Esta espera apacible, sin respuesta de Dios, sería nociva, si fuera

prolongada, mas como por el contrario es corta, está llena de provecho. Es como un grito de socorro lanzado a Dios el cual tenemos necesidad de lanzar tiempo en tiempo, en nuestra vida de oración.

No deben tomarse “días de desierto” prolongados así porque sí, sin el asesoramiento de la dirección espiritual. De todos modos, conviene saber comportarse de tal manera que consigamos, siguiendo la respuesta de Dios, mezclar la espera silenciosa y el despojo, al alimento espiritual necesario para no desfallecer ni dejarnos morir de inanición, por la pretensión de querer conseguir con nuestras fuerzas la Montaña, que Dios solo puede hacernos coronar.

Cuando vamos al desierto debemos creer, por tanto, que Dios puede venir a nuestro encuentro en la oración, siendo necesario al mismo tiempo para alcanzarlo, desear esta visita divina con confianza y alegría. El “día de desierto” viene a recordarnos regularmente la necesidad de esta espera. Nos recuerda así mismo las condiciones de preparación necesarias para recibir esta gracia: la humildad de corazón, no apoyarnos en nosotros mismos, aceptar la ausencia de consolaciones sensibles y la austeridad de esta forma de encuentro con Dios. Cuando el mismo Espíritu Santo suscite en nuestra alma esta mirada hacia Dios, será algo imperceptible, silencioso y despojado que nos deje en paz, pero que no podremos recibirlo sin perdernos de vista. Elías, acurrucado en el hueco de la roca, cubierto el rostro con el manto, cuando oyó pasar a Dios no fue en el torbellino o en la tempestad, sino en el silbido imperceptible.

El día de desierto, debe, por tanto, suponer una especie de ayuno espiritual consistente en la privación de la forma habitual de vivir, la pobreza de vivienda y alimento, ausencia total de todo contacto humano, de toda conversación, abstención de toda lectura, fuera del breviario y de la Biblia. Hablo siempre aquí de un solo día. Para períodos de tiempo más prolongados habría que dar otras normas. Conviene tener

lo necesario para escribir algunas notas. Hay que llevar las propias provisiones y prepararse la comida uno mismo. No es conveniente que haya dos juntos a no ser que puedan aislarse totalmente uno del otro. Es más eficaz el día de desierto si puede unírsele la noche precedente para comenzar por la mañana en soledad total del corazón. No es necesario buscar asistir a la Misa o celebrarla, si para esto tenemos que romper la soledad del desierto, dejarla aunque solo sea por un momento, bajar al pueblo o ver a otras personas.

Hay que procurar olvidar toda preocupación de nuestro deber, del trabajo, de cualquier cosa que sea, olvidarnos aun de nuestra perfección. El día de desierto no es una revisión de vida, aunque la prepare. Conservando la libertad de espíritu debemos imponernos un mínimo de reglamento que comprenda tres o cuatro espacios largos de oración de rodillas postrados o sentados. Debemos cortar estos momentos por paseos en silencio: un poco de actividad manual durante la cual se procurará no pensar ni meditar, permaneciendo en paz. Una naturaleza apacible y desprendida ayuda a esta actitud de alma. Algunos ratos de lectura de la Biblia, recitar el rosario. Se puede también meditar por escrito: quede bien claro que esto no sustituye a la oración, pero para algunos es un excelente medio de ponerse en paz y en orden a sí mismos. Repito que no es el momento de examinarse, sino de mirar a Dios, de pensar en Él, de amarle. Un vía-crucis hecho siguiendo un camino permite una larga oración en unión de Cristo que sufre. No tener miedo a aburrirse, y si llega el aburrimiento, aceptarlo con sencillez, teniendo conciencia de nuestra impotencia, sin buscar llenar este vacío pensando en todas las actividades cuya falta sentimos. Todo el día debe estar marcado por una espera interior, apacible sin buscar estar demasiado ocupados. Debemos dejar que el aburrimiento nos purifique, mostrando claramente lo que somos y lo que puede hacer Dios y cuán poco preparados estamos a morir para encontrarlo.

He aquí por qué es muy importante para cada fraternidad tener una ermita o un lugar que reúna todas estas

condiciones de silencio y soledad. En cuanto sea posible, debe estar protegida tanto del excesivo frío en el invierno, como del sol en el verano, ya que esto impide la libertad del espíritu para una oración prolongada.

La ermita de Assekren es para nosotros el lugar ideal que recuerda a todos los Hermanos los dos valores esenciales de su vocación: la espera de Dios y la oración de intercesión. En este valor de la intercesión, que tan profundamente distinguió la oración de Cristo en el desierto, hallaremos uno de los aspectos más importantes de los días prolongados de desierto que hagan los Hermanitos en compañía de Jesús en la Eucaristía.

### ***Cómo ayudarnos mutuamente a orar***

Aún queda por decir una palabra sobre el modo de ayudarnos mutuamente a ser fieles en la oración. De hecho, este asunto se aborda muy rara vez en la revisión de vida y cuando se trata se hace de manera bastante superficial. Existen otras razones además del olvido o la negligencia. Es un hecho muy general que no se hable casi nunca entre los Hermanos de la manera de orar. Y no se hace, porque no se sabe a punto fijo sobre qué materia podría recaer esta revisión o porque no vemos en qué podrán ayudarnos otros que tienen nuestras mismas dificultades. Evidentemente, si se piensa que es suficiente comportarse de una manera pasiva en la espera de Dios, se creerá que no hay por qué acusarse, sino de manera general, de faltas de valentía y de generosidad, lo cual, en realidad, no conduce a nada.

Si ha faltado valentía es porque había que hacer algo que por desgana, se ha dejado de hacer. ¿Pero qué deberíamos haber hecho? Si esto no se ha precisado, nos esforzaremos en el vacío sin poder cambiar nada. Todo es susceptible de cambio cuando se ha comprendido exactamente lo que debe hacerse para preparar la oración, comenzarla rectamente y continuarla con fe y perseverancia. En verdad que hay en este punto materia de revisión de vida aún sin entrar en esa zona más

secreta del fondo del alma, donde tiene lugar el diálogo con Dios. No pienso que haya que hablar habitualmente del acto mismo de la oración que siempre guarda secretos, por ser cosa íntima y a menudo inexplicable. Pero podemos hablar de todo lo que debemos hacer para prepararnos al encuentro de Dios.

No es suficiente animarse a la fidelidad, es necesario haber visto claro el método a emplear. Sobre todo en los comienzos se tiene necesidad de ser dirigido, aconsejado sobre la manera de aplicar a la oración, en cada caso, las directivas generales señaladas en esta carta. No es normalmente en la revisión de vida donde puede realizarse esto, sino mucho mejor en la conversación con un Hermano capaz de aconsejarnos. No se puede pasar en este asunto sin dirección, al menos de tiempo en tiempo. En principio debemos hacer esto en el noviciado, con ocasión de los Ejercicios Espirituales y cada vez que se experimente un cambio en nuestra vida espiritual y veamos que nuestra oración no puede seguir siendo la misma.

En conjunto no hemos llegado aún a romper el individualismo que rodea y cerca nuestra vida personal y, a pesar del nombre de fraternidad, no hemos conseguido aun compartir en común entre nosotros mismos la cosa más íntima que es nuestra vida con Jesús. Que esta carta sea la ocasión de una nueva revisión de vida entre vosotros, con lo que conseguiréis salir del vacío. No conseguiréis esto de una sola vez. Prepararse a orar bien, lleva consigo muchas cosas en su origen, prácticamente toda nuestra vida. No hay que demorarse en pedir consejo sobre la manera de orar si sentimos necesidad de ello. Cada uno debería estar en relación con un Hermano capaz de dirigirle, con preferencia con su antiguo Maestro de novicios, su Regional u otro Hermano que conozca mejor y en quien tenga confianza. Es muy conveniente que releáis esta carta una y otra vez, recurriendo a ella como a un directorio de oración.

No olvidéis la lección de la parábola del Sembrador: no dejéis que los pájaros del olvido y de la falta de atención roben

este grano que acaba de ser arrojado en vuestro corazón, ni permitáis que las hierbas locas de los cuidados materiales, de todas las preocupaciones del trabajo o de las relaciones humanas, ahoguen el lento crecimiento del germen de la oración en vuestra alma.

### *PARA REFLEXIONAR, ORAR Y COMPARTIR*

«Todos los métodos son buenos en la medida en que tienen éxito, y el más sencillo será siempre el mejor. El que recomienda el Padre Foucauld, el que él mismo siguió, parece el más adaptado a nosotros, parte simplemente, de la presencia de Jesús en el Evangelio o en la Eucaristía, para iniciar un coloquio con su Maestro, en el curso del cual adora, da gracias, pide, suplica, repara, pero, sobre todo, oye hablar a Jesús». (R. VOILLAUME, *En el corazón de las masas*)

1. ¿Tenemos experiencia de hacer desierto? Comentar experiencias.
2. ¿Qué nos ayuda para encontrar a Dios en la soledad y quietud de nuestro corazón? ¿Compartimos nuestras vivencias con hermanos más experimentados para ahondar en esta experiencia de soledad y desierto?
3. ¿Tenemos un acompañante espiritual a quien abrir nuestro corazón y mostrar nuestros avances y retrocesos en la vida espiritual? ¿Tenemos la suerte de poder hacer revisión de vida y tratar este tema?
4. ¿Qué quiere decir René Voillaume cuando habla del desierto en la ciudad? ¿Es posible acallar los ruidos interiores insertos en el bullicio de la ciudad y el quehacer diario?
5. ¿Podrías resumir en breves palabras lo que ha supuesto la lectura de esta lección de espiritualidad y a qué te compromete?



# Temas para los próximos números

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar a las siguientes direcciones de correo: (redaccion@carlosdefoucauld.es) o (maikaps73@gmail.com).

La dirección del Boletín se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, al momento más oportuno y conveniente.

Año 2018 Abril – Junio n. 197

BÚSQUEDA DEL SILENCIO INTERIOR EN LA RUIDOSA CIUDAD.  
«El que cree en Mí de su interior correrán ríos de agua viva»  
(Jn 7,38)

Año 2018 Julio - Septiembre n.198

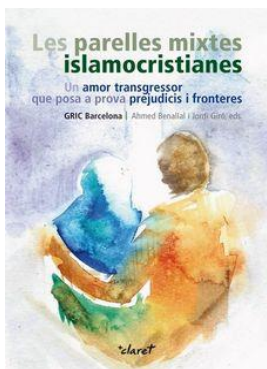
JÓVENES Y VOCACIÓN CRISTIANA. «Jóvenes, os he escrito porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros» (1ª Jn 2,14 ).

## NOTA DE ADMINISTRACIÓN

El BOLETÍN se sufraga con los donativos de los suscriptores. Desde la administración hacemos una llamada a la generosidad.

En estos últimos años se está haciendo un gran esfuerzo en digitalizar los números del Boletín para que los interesados puedan consultarlos después de unos meses de la edición papel. La economía modesta del BOLETÍN es imprescindible para ofrecer este servicio de comunión de las diversas familias y para mantener vivo el carisma. Te pedimos tu colaboración económica.

# UN LIBRO... UN AMIGO



AUTORES: Ahmed Benallal, Jordi Giró.  
TÍTULO: Les parelles mixtes islamocristianes. *Un amor transgressor que posa a prova prejudicis i fronteres.*  
FECHA DE EDICIÓN:  
LUGAR: Barcelona  
EDITORIAL: Claret.  
PÁGINAS: 342

Los autores, miembros del GRIC-Barcelona presentan en su libro una problemática actual de modo original en su formato y contenido. Se trata de un conjunto de doce textos que abordan desde distintos puntos de vista el fenómeno cada día más extendido y frecuente de las parejas mixtas islamocristianas. El libro está concebido como un manual que recoge las principales problemáticas actuales y se dirige a los principales protagonistas de enamorados que viven su noviazgo o comparten su vida; también va dirigido a sus familiares y amigos que se interrogan ante este hecho singular; asimismo se dirigen a los agentes de pastoral y animadores socio-culturales (sacerdotes, imanes, jueces,...) que serán los llamados a acompañar, aconsejar y hacer cumplir las leyes; y, en definitiva, a todas las personas interesadas que se interpelan por esta realidad.

El libro no pretende estudiar el fenómeno islamocristiano sino más bien pretende iniciar un debate sobre «mixtidad» en nuestra sociedad y conocer cuantas parejas mixtas viven a nuestro alrededor formadas por personas de creencias distintas pero que conviven en estrecha relación familiar (creyentes y no creyentes; creyentes de diversas tradiciones y confesiones). En el respeto y la estima mutua entre personas de distintas ideologías, formas de concebir la vida, nos jugamos buena parte de nuestro futuro como sociedad. El libro, en fin, ofrece a los lectores elementos de reflexión que estimula y provoca siendo de gran interés para un público diverso y amplio.

MARÍA DEL CARMEN PICÓN SALVADOR

# **Fraternidades del Hermano Carlos de Jesús en España**

**REDACCIÓN BOLETÍN IESUS CARITAS**

c.e: [redaccion@carlosdefoucauld.es](mailto:redaccion@carlosdefoucauld.es)

**ADMINISTRACIÓN DEL BOLETÍN IESUS CARITAS**

c.e: [administración@carlosdefoucauld.es](mailto:administración@carlosdefoucauld.es)

**ASOCIACIÓN C. FAMILIA DE FOUCAULD EN ESPAÑA**

c.e: [asociación@carlosdefoucauld.es](mailto:asociación@carlosdefoucauld.es)

**WEBMASTER PÁGINA WEB**

c.e: [webmaster@carlosdefoucauld.es](mailto:webmaster@carlosdefoucauld.es)

**COMISIÓN DE DIFUSIÓN**

c.e: [difusion@carlosdefoucauld.es](mailto:difusion@carlosdefoucauld.es)

**FRATERNIDAD SECULAR “CARLOS DE FOUCAULD”**

c.e: [fraternidadsecular@carlosdefoucauld.es](mailto:fraternidadsecular@carlosdefoucauld.es)

**FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD** (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

c.e: [fraternidadcarlosdefoucauld@carlosdefoucauld.es](mailto:fraternidadcarlosdefoucauld@carlosdefoucauld.es)

**FRATERNIDAD IESUS CARITAS** (Instituto Secular Femenino)

c.e: [fraternidadiesuscaritas@carlosdefoucauld.es](mailto:fraternidadiesuscaritas@carlosdefoucauld.es)

**FRATERNIDAD SACERDOTAL “IESUS CARITAS”**

c.e: [fraternidadsacerdotal@carlosdefoucauld.es](mailto:fraternidadsacerdotal@carlosdefoucauld.es)

**COMUNITAT DE JESÚS** (Asociación privada de fieles)

c.e: [comunidaddejesus@carlosdefoucauld.es](mailto:comunidaddejesus@carlosdefoucauld.es)

**HERMANOS DE JESÚS**

c.e: [hermanosdejesus@carlosdefoucauld.es](mailto:hermanosdejesus@carlosdefoucauld.es)

**HERMANITAS DE JESÚS**

c.e: [hermanitasdejesus@carlosdefoucauld.es](mailto:hermanitasdejesus@carlosdefoucauld.es)

**HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN**

c.e: [hermanitasdelsagradorazon@carlosdefoucauld.es](mailto:hermanitasdelsagradorazon@carlosdefoucauld.es)

**HERMANOS DEL EVANGELIO**

c.e: [hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es](mailto:hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es)

**UNIÓN-SODALICIO CARLOS DE FOUCAULD** (Para vivir el carisma en solitario):

c.e: [union@carlosdefoucauld.es](mailto:union@carlosdefoucauld.es).

Coordinación lengua catalana: [corcat.union@gmail.com](mailto:corcat.union@gmail.com)

**HERMANITAS DE NAZARET**

c.e: [hermanitasdenazaret@carlosdefoucauld.es](mailto:hermanitasdenazaret@carlosdefoucauld.es)

# SUMARIO

EDITORIAL .....	5
AL ENCUENTRO CON CRISTO .....	7
Dificultades inevitables 7 → Otras dificultades más voluntaria 8 → Un proceso ordinario. Doble fuente de sequedad 9 → Puesto de la oración en la vida. Es necesario colaborar con Dios 11 → Etapa normal en la oración 12 → No sabemos cómo es nuestra oración 13 → Sin conocer a Jesús es imposible la oración 14 El ejercicio de la fe previo al del amor 16→.	
MEDIOS DE ALIMENTAR LA FE .....	19
Conocer la persona de Jesús, mediante la meditación del Evangelio 21→ La Teología fuente de oración 22 → Otros medios. La lectura espiritual 23→ No despreciar los medios humanos 24→ Vivir la fe facilita su ejercicio 26→.	
TRES ACTITUDES PARA COMUNICARSE CON DIOS .....	28
Evitar exageraciones 31→ No perder de vista a Dios 32 → La oración se prepara en ejercicios de generosidad. Cuidar el comienzo de la oración 33 →.	
CONSEJOS PRÁCTICOS PARA ANTES DE LA ORACIÓN .....	35
El comienzo de la oración 36→ Importancia de nuestra actitud exterior. La oración de Jesús modelo de la nuestra 37→ El Padrenuestro nos hace penetrar en la oración de Jesús 38→ Las condiciones de la vida moderna exigen especiales precauciones 39→ No despreciar las prácticas externas 41→ El camino a seguir 43→ Cómo conseguir el recogimiento 44→ Algunos procedimientos 45→ Nuestra actividad durante la oración 46→ Consejos prácticos 47→ No descansar en resultados sensibles 48→ Eliminemos dificultades 50→.	
¿CONFLICTO ENTRE ACCIÓN Y ORACIÓN? .....	51
El amor que no duerme 53→ Matices en la oración 54→.	
UN MEDIO DE CONTACTO CON DIOS .....	58
Qué buscar en el desierto 59→ Cómo ayudarnos mutuamente a orar 62→.	
TEMA PARA EL PRÓXIMO NÚMERO .....	65
UN LIBRO ... UN AMIGO .....	66

*FAMILIAS CARLOS DE FOUCAULD*